

R. CRESPO

EL
caballero
DE LOS DESEOS
fugaces



El caballero de los deseos fugaces

R. Crespo

© R. Crespo, 2017.

ASIN: B086VX52LC

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Serie: Seres Fugaces, 1.

1ª edición: septiembre 2017.

Revisión: abril de 2020.

Cubierta, maquetación y corrección: R. Crespo.

Imagen de cubierta: Grevin Sam ([Grevin Kivi](#) en Pexels).

Índice

[Índice](#)

[Nota de la autora](#)

[El hombre que concede deseos y la mujer que quiere creer](#)

[Las nomeolvides](#)

[El alma del caballero](#)

[Quédate conmigo](#)

[Primer final alternativo](#)

[Segundo final alternativo](#)

[Relato especial: El origen del caballero](#)

[Relato especial: Los deseos de Silvester](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Nota de la autora

La historia que encontrarás en este libro es un poco especial. Una vez que estás con el caballero, el tiempo no transcurre de la misma forma que para el resto del mundo y, aunque no todo lo que sucede entre los protagonistas está narrado porque no es necesario, el tiempo que pasan juntos es el suficiente como para que los sentimientos puedan fluir con naturalidad.

Seguramente te haya pasado, o conozcas a alguien así, que tras estar durante mucho tiempo con una persona (aunque no sea a lo largo de semanas o meses) siente algo intenso que no puede compararse con lo que sientes por un amigo o alguien que te gusta sin más. En ocasiones, de esa experiencia sale algo bueno y hermoso, mientras que, otras veces, no es más que un encuentro más en tu camino que te sirve como experiencia. Espero que la historia de Silvester y Noelia no la sientas así y que te llegue tanto como a mí.

A Miguel, por ser mi inspiración para crear al caballero de los deseos fugaces.

El hombre que concede deseos y la mujer que quiere creer

Mi abuela mantuvo la sonrisa en su rostro arrugado mientras de mis labios no hacían más que salir palabras de incredulidad ante lo que me había contado. Cuando terminé, ella volvió a hablar sin dejar de sonreír.

—No soy quién para obligarte a creer, pero te aseguro que no fue ningún invento de mi subconsciente, ni ninguna alucinación. Lo tuve a mi lado durante tres días, pude tocarlo y hablar con él durante horas sin necesidad de hacer nada más. En algún momento aparecerá ante ti y tendrás que tragarte tus palabras.

—El día que eso pase seguramente los cerdos empezarán a volar.

—Cuidado con lo que dices, niña —me advirtió, poniéndose seria de repente—, porque quizá el día menos pensado veas a un cerdo volar y recordarás mis palabras.

Tuve que aguantar la risa para no hacer sentir mal a mi abuela, pero la conversación que estábamos teniendo empezaba a tornarse surrealista. ¿Cerdos volando? ¿Un hombre misterioso capaz de conceder deseos? Y si así fuera, ¿cómo podría seguir siendo atractivo o joven?

Esa historia no había quien se la creyera.

—Abuela, otro día seguiremos con la conversación, tengo que irme o llegaré tarde al trabajo.

Me acerqué a ella un poco más para darle un beso en la frente.

—Ten cuidado, Noelia —dijo como despedida.

Asentí mientras caminaba hacia la puerta agitando mi mano derecha.

A las nueve de la noche me despedí de Alba, la chica que tenía contratada en la librería, y coloqué el letrero de cerrado. Antes de marcharme coloqué bien algunos libros que los clientes habían dejado por ahí y limpié un poco el local. Después apagué las luces y salí, cerrando bien con llave. Las guardé en el bolso y comencé a caminar en dirección a la casa de mi abuela.

Siempre que salía de trabajar pasaba por allí para ver que todo estuviera bien antes de irme a la mía. Solo esperaba que no repitiera la misma historia del misterioso hombre que la cautivó en su juventud.

«No puede ser real. Por mucho que lo afirme, no puede serlo» repetí en mi mente sin dejar de caminar. Seguía dándole vueltas a aquella increíble historia de magia y romance de la que mi abuela había sido partícipe. ¿Y si hubiera sido real y yo estaba equivocada? ¿Podría aparecer aquel hombre solo con un deseo expresado desde el corazón?

¡Parecía tan inverosímil!

Llegué pronto a mi destino y, tras comprobar que todo estaba bien y que mi abuela dormía plácidamente en su habitación, volví a la calle para ponerme rumbo hacia mi piso. Sevilla tenía esa magia incluso de noche, aunque en mi caso la prefería por el día. En mi cabeza había muchos peligros y tenía la certeza de que existían realmente. Entré en mi coche, que estaba aparcado cerca, y arranqué el motor para ponerme en marcha.

Aparqué el coche en la misma manzana en la que vivía y fui caminando hacia mi bloque de pisos. No había mucha distancia, pero por alguna razón, aquella noche me pareció interminable el camino. Las sombras de la noche parecían cernirse sobre mí y, entonces, entré en pánico. No fui consciente hasta que noté que mis piernas parecían fallarme con cada paso nuevo que daba y el aire comenzó a faltarme. Notaba la presencia cercana de alguien, pero por más que miraba hacia todas partes, no conseguía averiguar si era alguien real o solo producto de mi imaginación.

¡Maldita oscuridad!

Aligeré el paso para llegar cuanto antes a mi hogar, pero por más que lo intentaba, mis piernas no respondían como yo quería. Tuve la intención de gritar, pero preferí no hacerlo para no llamar la atención de los vecinos. ¿Y si solo era uno de mis ataques de pánico comunes?

Pero ¿y si era más que eso?

Mientras divagaba, sentí un empujón y, tras colocarme de frente a la fachada de un edificio, sentí otro cuerpo aprisionándome. Me resistí con todas mis fuerzas, lancé patadas al aire como pude, pero todo fue en vano. No fui capaz de zafarme de esa presencia que no quería revelarse ante mí. Deseé con todas mis fuerzas, o al menos las que me quedaban, librarme de

lo que estaba por llegar. De alguna forma era consciente de que no me esperaba nada bueno y mi pensamiento se acrecentó cuando empecé a notar unas manos sobando mi cuerpo. No podía ser otra cosa.

—Detente si no quieres sufrir mi ira. —Una voz masculina se alzó en el silencio de la noche.

Una voz que desconocía.

—¿Y a quién se supone que debo temer?

Noté mi cuerpo más ligero. Despacio, más de lo que quizá pretendía, me separé de la pared e intenté girar la cabeza. Sin embargo, algo me impidió observar más allá del cuerpo de mi captor. Las sombras no me permitieron distinguir de quién era la figura, pues las luces de las farolas se encontraban lejos y la que teníamos cerca se había fundido.

Aunque no recordaba que estuviera apagada cuando llegué...

Me puse de puntillas y, al fin, logré distinguir algo más allá de las sombras proyectadas en ese lado de la calle. Una figura con sombrero se encontraba ante nosotros. Una figura deforme, a decir verdad. El pánico se apoderó aún más de mí al imaginar qué clase de criatura se había enfrentado al desconocido que se había atrevido a tocarme. ¿Y si lo que quería era divertirse conmigo también? No estaba pensando con claridad.

—No lo repetiré más. ¡Déjala en paz!

El hombre no se movió del sitio, solo apretó los puños y se puso en posición de ataque. Al parecer, pretendía atacar a la figura del sombrero. De nuevo, y sin hacer ruido, me desplazé poco a poco hacia la derecha sin dejar de mirar la escena. Me fijé en los detalles una vez estuve en un lugar seguro y, con el pánico aún en el cuerpo, me quedé para saber cómo terminaba aquello.

El morbo podía más que mi propio miedo. Sin embargo, todo se tornó más negro en cuestión de segundos.

—¡Los cerdos vuelan! —exclamé tras despertarme.

No me encontraba en mi casa, tampoco en la de mi abuela y, por supuesto, no reconocía el entorno que me rodeaba. Me incorporé sobre la cama tan rápido que la cabeza me dio vueltas.

—Deberías descansar. —Dos manos acompañaron a una voz masculina, pero suave. Se apoyaron en mis hombros e intentó tumbarme de nuevo.

Sin embargo, me resistí. No sabía dónde estaba, ¿y si me tenían secuestrada?

—Tranquila, Noelia. —Su voz seguía siendo suave, aterciopelada.

Pero ¿cómo sabía mi nombre?

A pesar de mis esfuerzos por resistirme, algo en su voz me hipnotizaba.

Hasta que mi mirada se encontró con la suya y me perdí.

Tenía los ojos verdes, que contrastaban a la perfección con su piel morena, y sus labios me resultaron tan apetecibles que hubiera podido besarlos si sus manos no estuvieran inmovilizándome. Quizá exageraba, pero nada más verlos por primera vez los imaginé sobre los míos, degustando mi sabor de la misma forma intensa que yo podría hacerlo con el suyo.

—¿Qué hago aquí? ¿Quién eres tú?

—Cuando descanses un poco más responderé a esas preguntas. Ahora, no te preocupes de más.

Dejé de moverme bajo sus brazos, rendida, y mi cuerpo se relajó. En ese momento se separó de mí, sentándose en una silla que había junto a la cama. Observé mejor el lugar donde me encontraba, pero la penumbra me impedía hacer un examen exhaustivo tal y como yo quería. Tendría que esperar a que hubiera luz para averiguar un poco más.

Desperté de nuevo, esta vez más tranquila. Al no ver a la figura misteriosa a mi lado, pensé que todo había sido un sueño, pero no era así. Seguía en una habitación que no era la mía y el perfume que embriagaba todo a mi alrededor era masculino. Uno de esos aromas que causan fascinación y permanecen en la memoria.

Me levanté de la cama y dirigí mis pasos hacia la puerta, pero antes de poder acercar mi mano al pomo, se abrió sola.

—Oh, ya estás despierta. ¡Cuánto me alegro! —Sonrió.

Parecía una sonrisa verdadera, de esas que llegan a los ojos y entonces te das cuenta de que no es una patraña. De nuevo me fijé en él, ya que la luz que entraba por la puerta no dejaba duda alguna de sus rasgos.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué estoy aquí?

—¿Te apetece una taza de café? ¿Agua? Debes estar sedienta...

—Lo que me apetece es que no evadas mis preguntas, ¿podría ser posible? —repliqué, un poco cansada de que siempre evitara responderme.

—Está bien, pero mientras te respondo, ¿te gustaría tomar algo? Has pasado muchas horas durmiendo y necesitas reponer fuerzas.

A pesar de cómo le había hablado, él seguía respondiendo de manera tranquila. Quizá por eso asentí con una pequeña sonrisa, para demostrarle que no era tan antipática como parecía. Me condujo hacia la sala de estar y me invitó a sentarme antes de desaparecer por una puerta, tal vez la de la cocina. Volvió con un vaso de agua y, tras dármelo, se sentó a mi lado en el sofá. El silencio se hizo entre nosotros mientras a sorbos pequeños vaciaba el recipiente. Cuando terminé de beber, lo dejé sobre una mesita que había enfrente.

—¿Por dónde quieres que comience? —preguntó, rompiendo el silencio.

—Por el principio.

—Está bien, pero me gustaría que me miraras mientras tanto. En caso contrario, no sabrás si miento o digo la verdad.

Mi sorpresa fue mayúscula. Observé la estancia con detenimiento, empezando por la derecha y desembocando en los ojos verdes de quien me acompañaba.

No sabía cuánto aguantaría con mi mirada sobre la suya.

—Mi nombre es Silvester, pero me suelen conocer como «el hombre que concede deseos». —Mis labios se entreabrieron debido al asombro. Había sido tan directo y sus ojos eran tan expresivos que no creí que mintiera. Pero, entonces, ¡mi abuela no había inventado nada!—. Quizá resulte imposible de creer, pero hace mucho tiempo, en la víspera de mi trigésimo cumpleaños, una hechicera poderosa me maldijo. Me condenó a vagar por el mundo durante décadas concediendo deseos a todas las personas que lo necesitaran de corazón. Y tú, Noelia, sin saberlo me llamaste anoche.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—La maldición me otorgó como don la posibilidad de ver en el corazón de las personas, así como saber su nombre sin necesidad de tener que preguntar por él. Pocas veces hago uso de él, por si alguien de perverso corazón llegara a saberlo y me obligara, de alguna manera, a cometer actos crueles para los que no estaría preparado. Confío en ti. —Me tomó de las manos, como si de esa forma quisiera asegurarse de que, mediante el contacto, no cometería una locura.

Pero no lo haría. Yo no era quién para desvelar secretos que no me pertenecían.

—Puedes confiar en mí, Silvester. —Sonreí.

—Me alegra saberlo. —Soltó mis manos curvando sus labios en una sonrisa.

Mis ojos vagaron por la sala. Un detalle me llamó la atención: todo lo que tenía parecían antigüedades, exceptuando algunos objetos que yo misma podría tener en mi casa. Cosas modernas.

—¿Deseas algo en particular? Puedo concederte lo que más desees con la condición de que no me retengas más de tres días a tu lado.

¿Había oído bien? ¿Cualquier cosa, mientras no le retuviera conmigo más de tres días?

—¿Hablas en serio? —Volví a mirarle, atenta a su respuesta.

—Por supuesto. Soy el hombre que concede deseos, ¿no? ¿No quieres probar?

—Si tengo que decidirme por uno, prefiero pensarlo bien. Puedo, ¿verdad?

—De hecho, es lo recomendable —afirmó, mirándome seriamente—. He conocido personas que no pensaron bien sus deseos y se arrepintieron por el resto de sus vidas. Se dejaron llevar por sus impulsos, por el primer pensamiento, y la cosa no terminó tan bien como creyeron. No tengo demasiada prisa, por lo que no es necesario que me des una respuesta ahora. Mientras tanto, puedes quedarte conmigo.

—Pero tengo que trabajar y ver a mi abuela... —repliqué.

—No te preocupes, el tiempo conmigo no pasa demasiado deprisa, al menos fuera de aquí. Y cuando me marche, todo volverá a la normalidad, con la salvedad de que lo que sucedió anoche, no pasará. Ya me he encargado de que así sea. —Hizo una pequeña pausa antes de agregar—: ¿Qué te apetece comer? Ya es mediodía y deberías tomar algo para reponer fuerzas.

Después de saber un poco más sobre él, no me negué. Cuando se levantó, movió la cabeza hacia ambos lados, como si buscara algo, y observé cómo levantaba el brazo y se colocaba un sombrero sobre la cabeza. Después me miró de nuevo antes de marcharse hacia la cocina. Esos ojos verdes, con la sombra que proyectaba aquel complemento sobre su rostro, provocaban en mí algunas sensaciones que no había experimentado nunca.

¿Por qué me atraía tanto un completo desconocido?

Comimos uno frente al otro en una mesa no muy amplia. No hablamos, solo nos miramos. Él, intensamente. Yo, con curiosidad. Sus ojos verdes transmitían muchas emociones, muchos secretos bien ocultos que yo no tenía por qué saber. Tampoco preguntaría por ellos, demasiada información había tenido ya como para agregar cosas nuevas que quizá pudieran dejarme con muchas más dudas.

Terminamos de comer y, tras recoger la mesa, me invitó a charlar con él sentados de nuevo en el sofá. Estuvimos hablando durante horas sobre mi vida y sobre lo más interesante de la suya. Me contó que antes de la maldición sirvió en la corte de un importante rey de su país, aunque no especificó cuál. ¿Para qué? Tampoco era algo que yo necesitara saber, aunque si me lo hubiera querido decir no me habría importado.

—¿Sólo podrías concederme un deseo? —pregunté cuando hicimos una pausa.

—No necesariamente. Lo bueno que tienen mis deseos es que no son permanentes, por eso puedo conceder más de uno, si es algo que necesita la persona que me los quiera pedir. Pero nunca se ha dado el caso, la mayoría de las veces solo han necesitado uno. El más ferviente de todos.

¿Cuál sería mi más ansiado deseo? ¿Que mi abuela recuperara su salud? ¿La paz mundial, tal vez? ¿O algo muchísimo más cercano a mí?

—Tranquila, Noelia. Tienes tiempo aún para tomar tu decisión.

¿Sería capaz de saber lo que pasaba por mi mente o había sido simple casualidad?

Fruncí el ceño mientras le observaba, pero él solo sonrió.

—¿Hay alguna restricción en cuanto a los deseos?

—Como imaginarás, no puedo concederte la paz mundial. Tampoco podría resucitar a los muertos ni hacer que alguien se enamore de ti. Son cosas que están fuera de mi control, y en caso de los muertos que vuelven a la vida, podrían convertirse en zombis y eso sería perturbar su descanso eterno. En cuanto a los deseos normales, no hay ningún inconveniente siempre que no desees hacerle daño a alguien o controlar su voluntad.

—Es lógico. ¿Quién en su sano juicio pediría resucitar a un muerto?

—Créeme, más gente de la que piensas —Frunció los labios mostrándome su disgusto—. Al menos hace unos años era así, ahora no

interesa tanto como enamorar a otra persona.

—Pero si lo mejor de las relaciones es poder elegir a la persona y que todo se dé a su tiempo ¿no?

—Hay quien tiene tanta prisa que no puede esperar, Noelia.

¿Por qué cada vez que decía mi nombre me estremecía? Froté mis brazos con intensidad por si era la pequeña brisa que parecía correr por la casa. Me negaba a creer que pudiera ser otra cosa. ¡Acababa de conocerle!

—¿Pasa algo, Noelia?

Otra vez.

—No.

¿Qué tenía ese hombre para que empezara a caer bajo sus encantos ocultos? Porque estaba claro que su intención inicial no era, ni de lejos, conquistarme. ¡Tenía cosas más importantes que hacer! Alguien con un poder como el suyo no tendría tiempo para fijarse en nadie.

—Te creeré, pero si en algún momento, mientras estés a mi lado, necesitas contarme algo no lo dudes, ¿vale?

Miré el reloj con la certeza de que debía ser tarde, pero me sorprendí al darme cuenta de que no era así. Ladeé la cabeza mientras observaba cómo las manecillas del reloj se movían al ritmo normal. Entonces ¿por qué el tiempo transcurría tan despacio?

—¿Le ocurre algo al reloj? Lo miras como si no hubieras visto uno en tu vida.

—Es curioso que las manecillas se muevan con normalidad mientras el tiempo pasa más lento estando contigo. ¿Por qué?

—Todo es parte de esta maldición... —explicó—. Aunque con el tiempo he llegado a verlo como una bendición. ¿Algo malo podría permitirme hacer cosas buenas? Quizá es algo que queda en la naturaleza de cada uno, ¿no crees?

Aparté mi mirada del reloj para fijarla en él. El sombrero seguía sobre su cabeza y la sombra sobre sus ojos parecía iluminarlos. ¿O era solo un espejismo provocado por la magia que desprendía?

—No te tortures más, Silvester. —Intenté animarle—. Estoy segura de que las maldiciones, si es cierto que existen, no condicionan el alma de una persona. Y, por alguna razón, no creo que seas malo.

—No te preocupes, Noelia —de nuevo esa sensación extraña—, ya estoy acostumbrado a cuestionar mis propios actos. Vivo atormentado sabiendo que nunca podré escapar de lo que soy.

El silencio se apoderó de todo el espacio que nos rodeaba. Era consciente de que ninguna palabra que pudiera salir de mis labios lograría causar un efecto positivo en él, así que lo mejor era mantener la boca cerrada. En definitiva, yo no tenía ni idea de lo que escondía su pasado como para poder ayudarlo.

—Voy a descansar un poco, creo que tanta información en tan poco tiempo no me ha sentado muy bien...

De hecho, me sentía incluso mareada. Sin embargo, él no dijo nada, solo bajó la cabeza y levantó su mano derecha en dirección a la habitación. Como si yo fuera capaz de entender lo que quería decirme sin palabras. Aunque tal vez no fuera eso y solo quisiera evitar que yo pudiera advertir la verdad de lo que le sucedía en su rostro. Me dirigí sin demora hacia la habitación en la que había reposado tras el incidente nocturno y me tiré en la cama. Observé el techo y advertí, por primera vez, que pequeños puntos de luz lo adornaban. Pero ¿por qué no lo había visto antes? Sin darle más vueltas giré mi cuerpo sobre la cama y cerré los ojos.

La habitación seguía oscura.

Cuando desperté me encontraba boca arriba sobre el colchón. Las luces del techo se apreciaban mucho mejor, como si algo desconocido hubiera aumentado su intensidad mientras yo dormía. Entonces le vi. Estaba sentado al lado de la cama y me observaba tan fijamente que pareció ver más allá de mi cuerpo. O peor aún, como si pudiera ver mi alma.

Sacudí la cabeza y deseché la idea de inmediato.

—¿Has descansado?

Su voz profunda delataba que en alguna parte de él se sentía mal aunque prestara más atención a mi bienestar, cosa que tampoco conseguía entender.

—Sí, gracias.

—¿Te gustaría escucharme tocar la guitarra? —Por su voz, parecía un poco más animado. Tal vez solo fuera en apariencia.

—Por supuesto. —Sonreí.

Se levantó y avanzó hasta abrir la puerta y salir. Yo no supe si hacer lo mismo y seguir sus pasos, o quedarme sobre la cama esperando. No me dio tiempo a elegir pues pronto volvió con la guitarra. Era preciosa. Poseía algunos puntos de luz como los que había en el techo, y estos se intensificaron aún más en cuanto entró por la puerta de nuevo. Sin decir nada, y de manera ceremoniosa, se sentó en la silla de nuevo y colocó la guitarra en sus piernas.

Cuando empezó a tocar, la melodía inundó toda la habitación de una magia extraña, de un color especial que me sorprendió. Él observaba las cuerdas de la guitarra, pero de vez en cuando su mirada se encontraba con la mía, que permanecía sobre él la mayor parte del tiempo. El resto de las veces, mis ojos se centraban en el gran espectáculo de nuestro alrededor. Las luces parecían libélulas que danzaban en el aire para dotar al ambiente de un aura desconocida para mí. Sin embargo, tan pronto como terminó de tocar, todo se esfumó como si en realidad nunca hubiera pasado nada.

—Ha sido precioso —comenté sin poder apartar mi vista de él.

Él me lo agradeció con una sonrisa, y más que sincera, me pareció que irradiaba alegría. Como si la música alejara cualquier mal de su corazón.

—No sabía que tocaras tan bien la guitarra...

—No tenías por qué saberlo. Cargar con la guitarra nunca asegura que su portador sepa acariciar las cuerdas del instrumento. Igual que tener un piano en tu casa no asegura que sepas tocarlo.

—Lo de las luces... ¿lo has hecho tú? —pregunté.

—Creo que es gracias a la guitarra. Lo que has escuchado es una melodía especial que provoca esa magia y que aprendí hace muchísimo tiempo. A decir verdad, es la primera vez que la toco y no sé si deba arrepentirme por ello.

—¿Por qué?

—Por ahora no puedo contártelo, pero en algún momento puede que lo haga.

Aquel misterio provocaba en mí fascinación y terror a partes iguales. ¿Y si llegado ese instante las cosas se ponían feas o descubriría algo que no me gustaba y que me alejaba de él? Por algún motivo no quería que eso pasara. ¿Podría desear permanecer a su lado mucho más tiempo? ¿Aun cuando el límite impuesto era tres días?

—¿En qué piensas?

Silvester se había levantado con anterioridad de la silla para acercarse un poco más a la cama y sentarse a mi lado. No me di cuenta hasta que formuló aquella pregunta. Me sobresalté al verlo tan cerca.

—Yo... —Su rostro permaneció impasible—. No pensaba en nada.

La decepción se apoderó de sus ojos, aunque su expresión no pareció cambiar. Como si realmente supiera lo que pasaba por mi mente y quisiera oírlo de mis propios labios. Después de todo lo que me había contado, de lo que faltaba por contar y de la magia provocada anteriormente, podía esperar cualquier cosa.

No me sorprendería si, con el tiempo, acababa confesándome que había estado escuchando mis pensamientos desde el primer momento.

—Otra vez estás haciéndolo. —Y no era una pregunta, sino una afirmación rotunda.

—¿El qué? —cuestioné entre ofendida y curiosa.

—Estás dándole demasiadas vueltas a las cosas. Lo veo en tu mirada.

La desvié de él en cuanto terminó de hablar, avergonzada por completo. No obstante, su respuesta no me convenció en absoluto y, por primera vez, contemplé la posibilidad de que pudiera acceder a mis pensamientos.

—Son imaginaciones tuyas, Silvester. —Volví a mirarle justo cuando su expresión cambió. Parecía sorprendido, pero además había algo adicional en su mirada que no logré identificar—. ¿Qué pasa?

—No sucede nada.

Se levantó de la cama, tomó la guitarra con su mano derecha y salió de la habitación sin decir nada más. Yo quedé en la más absoluta soledad sin saber si acercarme a él e indagar, o quedarme a solas conmigo misma.

Las nomeolvides

Al final había permanecido en mi habitación, o al menos en la que Silvester me había asignado, sin poder dormir durante varias horas. De todas formas no me apetecía perder el tiempo durmiendo cuando mi mente tenía mejores cosas que hacer, como terminar de asimilar todo y pensar en el deseo que pediría.

Quise salir e intentar localizarlo, pero algo me detuvo. Tal vez tendría que preguntarle antes por la ducha y si tenía ropa para dejarme. Salí de la habitación y fui directa hacia donde habíamos pasado la mayor parte del tiempo hablando. Sin embargo, no lo encontré allí y tuve que seguir buscando.

La gran mayoría de las puertas estaban cerradas y no sabía si podría acceder a ellas. Silvester no me había dicho nada al respecto, por lo que dudé varias veces antes de abrir la primera. Para mi sorpresa, no encontré ni elementos mágicos ni una dimensión paralela que no pudiera admirar. Solo era el cuarto de baño. Cerré la puerta y seguí buscando por las demás hasta que, finalmente, llegué a la última que me quedaba. Tras ella descubrí un inmenso jardín. ¿Podía ser posible? Entrecerré los ojos y, a lo lejos, me pareció ver un sombrero moverse entre las plantas más altas. Di un paso hacia el frente y, al adentrarme por completo, la puerta se cerró detrás de mí como por arte de magia. Ya no podía retroceder, sino avanzar, así que me adentré más sin perder de vista el sombrero que me conduciría hasta él.

El asombro permaneció en mi rostro conforme me acercaba a mi objetivo. El terreno no aparentaba agotarse, sino todo lo contrario. Por fuera no había tenido la oportunidad de observar el hogar de Silvester, pero no creía que fuera una mansión. Las estancias de la casa eran demasiado acogedoras para pertenecer a una.

—¿Qué haces aquí?

Su voz sonó a mi espalda, lo suficientemente cerca para erizarme la piel. Giré sobre mis talones y lo encontré frente a mí con el sombrero puesto, una camisa negra y unos pantalones vaqueros. Ambas prendas ajustadas de manera conveniente a su cuerpo. Entreabrí los labios sin poder responder

ante tal visión. Me fijé en su rostro, prestando atención a su ceño fruncido que poco a poco se iba relajando. Suspiró antes de hablar.

—Estaba meditando y después me puse a arreglar algunas de las plantas que estaban en peor estado...

—¿Qué lugar es este? —pregunté, interrumpiendo su discurso.

—Es mi santuario —sonrió—, me ayuda a pensar y a buscar en mi corazón cuando lo requiero. Normalmente, cada vez que estoy aquí suelo ver cuál será la próxima persona que me necesitará. Pero ahora no ha sido el caso, tranquila. A veces pasan semanas, o incluso meses, hasta que puedo sentir otro corazón puro que me necesita. E incluso atendiendo a una persona soy incapaz de poder ayudar a cualquier otra.

Permanecí callada mientras le escuchaba. No podía apartar mis ojos de los suyos.

—Entonces... ¿desde aquí eres capaz de sentir quién será la próxima persona que salvarás?

—Más o menos. No siempre me encargo de salvar a las personas, otras veces solo aparezco para cumplir algún deseo. Algo así como una estrella fugaz que aparece en el cielo a la que, si aprovechas la oportunidad, puedes pedir lo que más quieras.

Aquella comparación había faltado en la historia de mi abuela. Yo me ocuparía, si en algún momento llegaba a tener nietos, de no obviar ese detalle en la mía.

—Perfectamente podrías ser una estrella fugaz. Por muy lento que pase el tiempo a tu lado, solo es una ilusión que pronto se desvanecerá. Eres como los deseos que puedes conceder, Silvester. —Con mis propias palabras conseguí golpearme de cara con la realidad.

—Es la cruda verdad. A veces me acostumbro a la compañía de una persona y cuando llega la hora de la despedida lo paso realmente mal. Sobre todo si quien se encuentra conmigo es tan adorable como tú.

Sentí que el rubor se concentraba en mis mejillas tras oír sus últimas palabras. ¿Adorable? ¿Yo? ¡Si apenas creí en su existencia hace horas? Y no sabía cuántas habían pasado ya...

—Te estaba buscando porque ya tengo un deseo. Al menos por el momento...

Él sonrió y tomó mi mano antes de preguntarme cuál era. Dejé que me guiara sin decir nada hasta que llegamos a una zona en la que abundaban nomeolvides.

—Colócate en el centro e intenta pisarlas lo menos posible. —Asentí mientras, con cuidado, me colocaba entre las flores. Si ese era el procedimiento para pedir los deseos, estaba segura de que el momento sería mágico—. Ahora intenta visualizar ese deseo y deja que tu corazón hable por sí mismo.

¿Cómo podría conseguirlo sin que mi mente interviniera?

Cerré los ojos con fuerza visualizando las manecillas de un reloj avanzar despacio. Pero entonces también apareció en mi mente su silueta tocando la guitarra y mirándome de manera profunda. Abrí los ojos a causa de un resplandor que apareció a mi alrededor, mas era tan brillante que tuve que volver a cerrarlos. Poco a poco se desvaneció la luz y al entreabrirlos de nuevo, solo lo vi a él frente a mí.

—Ya puedes salir, con cuidado. —Me ofreció su mano y la tomé sin dudarle un instante.

Llegué hasta donde él se encontraba con cuidado de no pisar ninguna de las flores, pero en algún momento posé mal el pie en el suelo y mi cuerpo se precipitó hacia él sin posibilidad de poder recuperar el equilibrio. No sé cómo lo hizo, pero terminó de atraerme hacia su cuerpo tirando de mi brazo. Por suerte para mí, no llegué a caer al suelo, pero me sorprendí abrazada a Silvester y con el corazón latiendo desbocado. No era capaz de saber si era por lo que creí que sería una inminente caída, o por esa cercanía que ninguno de los dos habíamos propiciado. Tomé aire varias veces antes de sentirme en condiciones para separarme de él. Al incorporarme le descubrí mirándome como, hasta el momento, no lo había hecho. Era consciente de ello porque, además, su cuerpo había estado en tensión mientras me abrazaba.

—¿Te has hecho daño?

—No... Creo. —Deslicé las manos sobre mis pantalones, las noté más sudorosas de lo normal.

Por las dudas, me tomó en brazos y se dirigió hacia la habitación.

—Deja que te revise.

—No-no hace falta...

Me puse nerviosa al imaginar unas caricias inexistentes.

—¿Con cuál tropezaste?

Levanté la pierna derecha y, aunque no me dolió excesivamente, sí que noté un pinchazo que produjo que bajara la pierna con rapidez. Se arrodilló frente a mí, quedando a la altura de la cama, y retiró con cuidado el zapato

y el calcetín antes de observar con detenimiento mi pie. Aguanté la respiración, pero pronto tuve que soltar el aire por la boca para no ahogarme. Mordí mi labio inferior con delicadeza mientras mis ojos permanecían fijos sobre él. Empezó a acariciar mi tobillo y su mirada se centró en la mía. De nuevo, me observaba de esa forma que no supe cómo definir, motivo suficiente para presionar un poco más en la mordida. Noté que un líquido caliente asomaba a través de la herida que, evidentemente, había conseguido hacerme en el labio. Uno de mis dedos se posó sobre él y, al mirarlo, vi un poco de sangre en ellos. Al bajar los dedos ya no encontré a Silvester a los pies de la cama, sino que se había levantado y avanzaba por uno de los costados para sentarse a mi lado, lo más cerca posible. Mis manos temblaron sin previo aviso y por eso me aferré a las sábanas. Quizá, si ejercía un poco de fuerza y las mantenía en tensión, dejarían de temblar.

—¿Qué... qué vas a hacer? —Tragué saliva.

—Voy a curarte.

Y en sus palabras hallé poco margen para las quejas.

Con la preocupación reflejada en sus pupilas, observó mis labios sin disimulo. Después, su tacto abrasó aquella piel que ansiaba encontrarse con la suya cuando empezó a rozar con cuidado la zona lastimada. No había sido mi intención provocar aquello, pero estaba pasando. Mis nervios me dejaban en evidencia ante él. Su rostro se aproximó de forma lenta hacia el mío, como si actuara por impulso y sin pensar en lo que estaba haciendo. Sin meditar un instante si eso sería bueno para mí o para ambos. Sus ojos verdes se clavaron sobre los míos.

Experimenté el naufragio en sus pupilas negras.

—Qué... —Carraspeé al notar que no me salía la voz— ¿Qué haces?

Su dedo seguía sobre mis labios, acariciándolos como nunca nadie lo había hecho.

—Ssh... Ya falta poco...

«¿Ya falta poco para qué?» pensé. Recordé entonces que se había empeñado en curarme la herida del labio y la decepción me invadió. Aunque en ese instante, si me lo hubiera cuestionado, jamás hubiera admitido que deseaba con toda mi alma un beso suyo.

Me sorprendió notar su respiración acelerada.

Nuestros rostros habían quedado demasiado cerca, tanto, que mi corazón no pudo dejar de latir a gran velocidad. Como si estuviera a punto de darme

un ataque. ¿Por qué me estaba haciendo eso?

—Ya está.

La decepción se apoderó de mí cuando la distancia nos separó. ¿Qué esperaba? ¿Que me besara y nos dejáramos llevar sin que nada más importara? Eso no formaba parte de su cometido. Solo podría concederme el deseo que mi corazón anhelaba, pero ¿y si lo que ansiaba era imposible de cumplir? Ni siquiera sabía si mi deseo anterior podría cumplirse o, de lo contrario, quedaría en el olvido. ¿Así funcionaba su don? No entendía nada.

—Deseo bailar —dije de pronto, haciendo una pausa antes de continuar—. Contigo.

Volteó su mirada hacia mí y sonrió antes de volver a acercarse para tomar mis manos entre las suyas. De esa forma me ayudó a levantarme y, tras comprobar ambos que el pie no me molestaba demasiado, me condujo hacia el salón.

¿Me habría curado también ese dolor?

Soltó mis manos y buscó entre los discos que tenía uno en particular. Cuando lo puso en el equipo de música, giró sobre sus talones y avanzó hacia mí con uno de sus brazos extendido ante él. Cuando logré alcanzarlo, me atrajo suavemente hasta su cuerpo y esperó a que la música sonara. Quise controlar mis temblores y los nervios que sentía, pero una vez que posó su otra mano sobre mi cintura, no pude hacer nada.

—Deseo concedido —susurró antes de que empezara a sonar aquella pieza instrumental y ambos comenzáramos a movernos.

Parecía hipnotizarme con sus ojos y aquella sonrisa radiante que me cautivó desde el primer momento, aún lo seguía haciendo. No dejamos de mirarnos ni un instante mientras nuestros cuerpos danzaban al compás de la música. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y enterré mi rostro en su cuello para aspirar el aroma que emanaba de él. Curiosamente olía a flores. ¿Sería una coincidencia?

—¿En qué piensas? —preguntó entonces Silvester.

Sin mover la cabeza suspiré.

—Me siento tan feliz contigo que no concibo la idea de que llegue el momento de alejarme de ti.

Me negaba a creer que su presencia en mi vida fuera tan fugaz como los deseos que concedía, tal y como yo misma le había dicho en su momento. Silvester soltó mi mano y acarició mi pelo con delicadeza. Dejó de moverse solo para abrazarme en silencio. ¿Eso qué significaba? ¿Era consciente de

que eso ocurriría dentro de poco y por eso me consolaba? Cerré los puños y, colocando mis manos sobre su pecho, me separé de él de forma brusca. Aquella situación empezaba a molestarme. Podría haberle dicho muchas cosas, haber protestado por la estúpida cláusula de los tres días, pero solo me di la vuelta y desaparecí de su vista.

Necesitaba estar a solas conmigo misma.

Me había quedado dormida durante una hora, o eso creía. El tiempo se terminaba, pero no era capaz de salir de la habitación para encarar a Silvester. Estaba triste y un encuentro directo habría sido fatal para mi corazón, aunque en algún momento tendría que enfrentarme con el hombre de leyenda. Lo peor era que ya intuía, si no lo sabía con seguridad, que algo extraño ocurría con mi corazón. Mi supuesta tranquilidad se vio alterada en cuanto oí dos toques en la puerta.

Su cabeza asomó por ella, lucía preocupado.

—¿Puedo pasar? —preguntó, pero antes de que me dejara responder, entró y cerró la puerta.

Como si alguien pudiera interrumpirnos; ni siquiera tenía teléfono.

—Ya estás dentro.

Tampoco podía negarme, ya que solo era su invitada. ¿Y si decidía irme?

—¿Qué ha sucedido, Noelia?

—¿Qué debería ocurrir?

Intenté retarle con la mirada mientras acomodaba las piernas de forma que pudiera abrazar mis rodillas.

—¿He hecho algo que te haya molestado?

No parecía entender que me molestaba su interrogatorio. Fruncí el ceño mientras pensaba en una buena forma de responder sin faltar al respeto.

—No.

—No te noto muy receptiva conmigo —No me lo cuestionaba, lo estaba afirmando.

Bajé la mirada y no respondí. Noté que la cama se hundía un poco a mi lado, por lo que deduje que se había sentado cerca.

—Hay algo que no te he contado. —Alcé mi rostro sorprendida. ¿Aún había más? ¿Qué sería esta vez?—. Existe una posibilidad de que las cosas

cambien, pero en ningún momento quise condicionarte y, por eso, no te conté nada al respecto. La maldición tiene una cláusula.

Dejó de hablar cuando se dio cuenta de que yo había estado reteniendo la respiración. Lo fui soltando poco a poco sin dejar de mirarle a los ojos. Deseaba cerciorarme de que en ningún momento mentía, que sus ojos verdes seguían teniendo ese brillo de honestidad a pesar de todo.

—¿Qué cláusula?

De nuevo se hizo el silencio entre los dos, pero no me importaba. Con él era todo lo paciente que podía ser, sabía que no era como otros hombres a los que había conocido. Silvester me había dejado las cosas claras desde el principio.

—Me gustaría antes contarte la historia completa, luego dejaré que tú misma deduzcas cuál es la cláusula. En caso de que no lo hicieras, yo me encargaría de desvelarlo antes de marcharme. ¿Te parece bien? —Asentí—. Estupendo.

»Hace muchos años, más quizá de los que recuerdo, yo vivía en un pueblo en el que todos nos conocíamos, mas había una familia que sobresalía del resto. De haber querido, mi padre hubiera podido ser el dueño del lugar, pero prefirió que ese derecho pudieran ejercerlo todos los habitantes. En ese sentido, el señor Brown fue lo más generoso que nunca cualquier otro hombre fue, compartiendo con los que apenas tenían y ayudando a los que así lo necesitaban.

»Sin embargo, no pudieron decir lo mismo de su primogénito. Era un ser caprichoso, con ansias de poder. Su ambición no tenía límites y no concebía que su padre fuera tan amable con aquellos que se aprovechaban de sus buenas acciones. Tomó la peor, y la más difícil, decisión de toda su vida: vengarse de los que osaron burlarse del señor Brown.

»Por aquel entonces no creíamos en la existencia de las brujas, mucho menos de la magia, y por eso dudé de la credibilidad de aquella mujer que se presentó ante mí como una poderosa hechicera. Una mujer que había aprendido los hechizos más letales gracias a un libro que se había conservado durante generaciones en su familia. ¿Qué iba a saber yo que alguien así serviría como defensora de un pueblo que no lo merecía? ¿Quién me iba a decir que acabaría pagando por lo que, a mi juicio, no me correspondía? Pero había sido yo quien había decidido tomar la justicia por mi mano cometiendo atrocidades... Por favor, no me obligues a contártelas...

Permanecí en silencio mientras él narraba aquello con total arrepentimiento. Había sido otra época y, aunque no era justificable cualquier cosa que hubiera hecho para vengarse, no le culpaba. Al menos, no por completo. Tampoco me había contado todo como para sentir que era alguien repulsivo.

Además, lo que había conocido de él me indicaba todo lo contrario.

—Lo peor de todo es que, sin saberlo, en un acto de locura maté a la hija de esa mujer. Ella no tenía la culpa de nada, pero lo hice. Y por todo eso tuve que pagar esta condena eterna, destinado a vagar solo durante toda mi existencia, sin posibilidad de que nadie se enamore de mí. ¿Quién iba a hacerlo si el materialismo siempre ha regido en nuestras vidas?

Y no dijo nada más. Se calló y me miró intensamente. Estaba esperando una respuesta por mi parte, pero ¿qué podría decirle yo?

—No te juzgo por tus actos pasados. Yo no sé cómo reaccionaría si veo que alguien se aprovecha de la amabilidad de mi abuela.

Mantuvo su mirada clavada en la mía, como si estuviera analizando mi comentario en busca de alguna trampa que denotara que pensaba todo lo contrario. Pero no encontraría nada extraño en mi alma; estaba diciendo la verdad.

—Es más —agregué—, me importa poco lo que pasara en tu pasado. ¿No crees que eso ya quedó muy atrás? Es decir... ¡eres prácticamente inmortal! ¿Cuánto tiempo llevas concediendo deseos? ¿Cuánto tiempo hace que eres el hombre que he conocido?

—Pero...

—No hay ningún pero, Silvester —le interrumpí—. Eres un hombre renovado que ha aprendido de sus errores, que salva a las personas que realmente lo necesitan y que sabe ver la bondad en los corazones de la gente. Si eres capaz de todo eso, no puedes ser una mala persona ni aunque te empeñes.

Se acercó un poco más sobre la cama hasta que, sin dificultad, pudo acercar su mano a mi rostro para acariciar mi mejilla con dulzura. ¿Cómo podría haber sido tan malo? Definitivamente, debía haber algo más. Algo que no me había contado aún por temor, tal vez, a que yo cambiara mi opinión sobre él.

No le obligaría a hacerlo, en cualquier caso.

Silvester siguió concentrado en su tarea, como si eso le relajara o le ayudara a olvidarse de sus temores y pesadillas. No obstante, sus caricias

sobre mi piel provocaban diversas reacciones en mi cuerpo que no quería tener. No porque no me gustara, sino porque sabía que me quedaba poco tiempo con él.

—Noelia... —Casi podía oír cómo tragaba saliva tras pronunciar mi nombre. Su rostro se acercó peligrosamente al mío—. Nunca había sentido algo parecido por ninguna otra mujer, pero no sé si esto sea bueno o malo. No quiero confundir las cosas.

Había hablado en voz baja, como si hubiera mucha más gente a nuestro alrededor y quisiera que solo yo fuera la receptora de su mensaje. Lo que no sabía era que aquello me provocaba mucho más de lo que seguramente pretendía. Mis ojos viajaban desde los suyos hasta aquellos labios que deseaba besar.

De nuevo, su respiración delataba lo que podría estar sintiendo. Pero no era el único.

— ¿Y qué crees que sientes?

Él se dedicó a observar mis labios y en un acto de completa provocación los lamí con lentitud. Sus pupilas se dilataron lo suficiente como para saber que había reaccionado bien ante mi gesto.

—Tal vez...

Pero, por más que hubiera querido que continuara hablando, lo que reemplazó las palabras fue muchísimo mejor. Me atrajo hacia él y nuestros labios chocaron como dos imanes totalmente opuestos que no pueden evitar atraerse. No podía darle tiempo a que se separara de mí, no habiendo establecido él ese contacto que, estaba segura, ambos deseábamos desde hace tiempo. ¡Como si no hubieran pasado solo unas horas desde que nos conocimos! Rodeé su cuello con mis brazos mientras nuestros labios seguían moviéndose al mismo compás. Mis manos exploraron su cuerpo sin vergüenza ni temor, pues estando con él me sentía completamente segura.

Olvidé cualquier cosa relacionada con los deseos.

—Tal vez me sienta atraído por ti —susurró entre cada caricia que nuestros labios se daban.

Jadeé sin ser del todo consciente de lo que estaba haciendo. Sus labios eran una adicción, pero sus palabras me habían pillado completamente desprevenida. ¿Estaría siendo sincero o solo era producto de lo que estaba sucediendo? Mis pensamientos se habían convertido en un torbellino sin rumbo ni forma. Apoyé los brazos sobre su pecho y poco a poco me separé

de él. En algún momento tendríamos que parar aunque sus labios quisieran retenerme.

—¿Lo dices en serio? —pregunté.

—¿Por qué tendría que mentir?

Formulé esa misma pregunta en mi mente sin obtener una sola respuesta que me convenciera de que mentía. Tampoco había dicho que estaba enamorado de mí, ¿verdad?

—El baile no lo he considerado un deseo propiamente dicho —comentó con una sonrisa—, prefiero que lo gastes en algo que consideres importante para ti.

¿Y si mi deseo estaba relacionado con él? ¿Qué pasaría si deseaba, con todas mis fuerzas, permanecer a su lado todo el tiempo que fuera posible? ¿Sería un deseo egoísta?

El alma del caballero

No pude dormir esa noche. Mis pensamientos giraban en torno a él y el beso que nos dimos. Por si fuera poco, que velara mis sueños no ayudaba a que mi mente se relajara. Una y otra vez parecía invadirla con su imagen y sus palabras, como si de repente también pudiera introducirse de esa forma en mis pensamientos. Por eso, siendo consciente de que me regañaría por no haber descansado, me incorporé sobre la cama y le miré. Silvester me devolvió la mirada y esbozó una pequeña sonrisa.

—Lo siento —me disculpé.

La intensidad parecía reflejada en sus ojos a pesar de la evidente oscuridad.

—No tienes la culpa, tranquila. No puedes obligar a tu cuerpo a hacer algo que en realidad no quiere.

—Y ¿qué se supone que quiere?

Los nervios se apoderaron de mí cuando vi que se levantaba de la silla y avanzaba hacia la cama. Se sentó mirándome de frente y colocó su mano sobre la mía.

Nunca esperé que fuera a cambiar de tema.

—En realidad no solo siento atracción por ti, Noelia. —Se quitó el sombrero y lo arrojó a la silla. Todo eso sin que sus iris se desviaran de los míos—. Es algo mucho más profundo e irracional. Maravilloso. Cuando estoy contigo siento una magia poderosa, inquietante en ocasiones, que no había experimentado antes. Tu aroma me embriaga y tus ojos me hipnotizan de forma que no puedo dejar de mirarlos por más que me lo propongo. Provocas en mí sensaciones nuevas y diferentes cada vez.

Acarició mi mejilla con la yema de sus dedos y mis ojos se cerraron por el contacto de mi piel con la suya. Aunque era apenas un roce, la electricidad rápidamente recorrió mi cuerpo de arriba abajo. Bajó su mano y avanzó con caricias hasta mi muñeca. La rodeó con sus dedos y los atrajo hacia su pecho.

—¿Lo notas? —preguntó en un susurro. Bajo la fina tela de su camisa negra noté el palpitar acelerado de su corazón. Miré esa zona y luego volví a sus ojos verdes—. Solo es parte de lo que me haces sentir.

Había logrado sorprenderme. ¿Intentaba decirme que estaba enamorándose de mí?

—Dime una cosa —las palabras salían de mi boca sin que pudiera hacer nada para detenerlas—, ¿alguna vez has hecho el amor con alguna mujer? ¿En algún momento lo han deseado y fue concedido?

—Desde que soy el hombre que concede deseos no he tenido relaciones sexuales con nadie. Ni siquiera cuando muchas mujeres lo pidieron con fervor. ¿Crees que no eres la primera por la que siento esto tan especial?

No supe qué responder a eso.

—Eres la única para mí, Noelia. —Siguió hablando—. Nunca me he aprovechado de los deseos de nadie para alcanzar un fin caprichoso. Jamás he entregado mi corazón a nadie... hasta ahora.

En mi pecho sentí algo extraño. Una contracción anómala del corazón que, si bien no era grave, delataba lo que sus palabras provocaron en mí. Aparté mi mano de su pecho con rapidez para palpar el mío en busca de algo por lo que tuviera que preocuparme, pero todo funcionaba correctamente. Deslicé la extremidad hacia mi costado izquierdo sin dejar de observar su rostro. No había dejado de mirarme en ningún momento, pues estaba esperando algún comentario por mi parte.

—¿Quieres decir que yo he conseguido lo que muchas no? —pregunté incrédula.

Silvester sonrió de medio lado logrando quitarme el aire en el proceso.

—Sí, pero tengo miedo. No sé manejar este tipo de situaciones. Ni siquiera antes de la maldición recuerdo haberme enamorado, por eso tal vez no sepa realmente lo que siento cuando estoy contigo. ¿Puede alguien como yo llegar a enamorarse?

Acercó su mano hacia la mía para acariciarla.

—No me cabe la menor duda de que sí. No conozco a mucha gente que esté maldita, pero creo que eso no quita ningún derecho a amar, ¿verdad?

La sonrisa acompañó a mis palabras y después atrapé su mano con la mía para estrecharla suavemente. Él cerró los ojos durante unos segundos y después volvió a abrirlos. Acercó su cuerpo un poco más y se deshizo de mi agarre para tomar mi barbilla. Sus intenciones eran claras.

No obstante, me sorprendió empujando mi cuerpo hacia atrás para que me echara sobre la cama.

—¿Qué haces? —cuestioné cuando me encontré tumbada por completo y con su rostro sobre el mío.

Podía adivinar lo que pretendía con aquello, pero preferí hacerme un poco la tonta para ver cómo reaccionaba él. A pesar de lo reservado que parecía ser, también le caracterizaba su seguridad. Una simple pregunta no le haría desistir de sus propósitos.

—Solo quiero demostrarte todo lo que siento por ti. Si me lo permites...

«¿Qué pasaría si supiera que en realidad me muero de ganas?» pensé. Nuestros ojos seguían poderosamente conectados.

—Me dicen tantas cosas tus ojos, tu alma, tu cuerpo... —Mientras hablaba, sus manos iban recorriendo mi rostro y mi cuello en busca de todo tipo de reacciones. Su piel contra la mía originaba corrientes eléctricas en mi interior que suscitaba los temblores que en ese momento estaba experimentando—. Estás temblando.

—Estoy un poco nerviosa —concreté.

Su sonrisa era maravillosa, pero desde esa posición era mucho más hermosa. Bajó su rostro hacia mi posición y juntó sus labios con los míos. Terminó de colocar su cuerpo sobre el mío, aunque no noté ninguna presión que lo indicara. Lo deduje por el movimiento que noté bajo mis brazos, que se encontraban alrededor de su cuello.

—No tienes por qué estarlo, no haré nada que no quieras —comentó al separarse de mis labios.

—No me negaré a nada, Silvester. —Suspiré—. Estoy deseando esto tanto como tú.

Me quitó la ropa mientras nuestros labios se negaban a separarse y quedé en ropa interior ante su fogosa mirada. Acaricié sus hombros y luego deslicé mis manos hacia los botones de su camisa para desabotonarlos. No perdimos en ningún instante el contacto visual que tanto nos gustaba mantener. Cuando estuvo abierta por completo volvió a devorar mi boca. Su camisa pronto fue a parar al suelo, así como toda la ropa que separaba nuestros cuerpos. Salvo la que cubría nuestras intimidades.

Su lengua comenzó a explorar algunas zonas de mi cuerpo y mi mirada se mantuvo sobre el techo. Las luces titilaban más conforme el fuego entre los dos se avivaba y pronto comenzaron a moverse a nuestro alrededor. ¿Estaba sucediendo de verdad? Cerré los ojos, aunque no para asegurarme de que era real, sino porque justo en ese momento empezó a jugar con mis pezones con vehemencia. Los abrí para observarle, no sin antes percatarme de que lo que había visto anteriormente no había sido un mero espejismo. Estaba

ocurriendo: las luces empezaron a rodearnos, pero él no pareció darle mucha importancia.

Su aliento chocó contra la piel desnuda de mi pecho. Ni siquiera me había dado cuenta de cuándo el sujetador había ido a parar junto al resto de la ropa. Sus labios fueron bajando por mi abdomen hasta llegar al borde de la única prenda que me quedaba.

—El encaje resalta tu belleza natural —comentó como si nada a medida que iba bajando sin mucha dificultad el trozo de tela.

Una vez que se deshizo de ella volvió a centrar su atención en mí y, sin perder tiempo, se acercó hacia mi entrepierna. Su cálido aliento culminó sobre aquella zona sensible, lo que provocó que mis ansias por él aumentaran.

—Silvester, ¿por qué las luces del techo nos rodean?

Él levantó su rostro para mirarme con atención.

—Esas luces forman parte de mi esencia como hombre y como inmortal. Es parte de mi corazón y, como tal, han bajado para formar parte de esto. La verdad es que nunca había pasado algo así, ni siquiera relucieron con cualquier otra mujer... —explicó.

¿Serían ciertas sus palabras o solo quería terminar de embaucarme?

—Entonces...

—Déjate llevar, Noelia. —Suspiró de nuevo sobre mi intimidad antes de volver a dedicarse por completo a ella.

Y no pude pensar más. Las caricias de su lengua me llevaban a lugares insospechados que nada tenían que ver con el cielo, pero sí con el mejor de los paraísos. Me aferré a las sábanas al sentir que la intensidad de sus caricias iba en aumento y que los pequeños mordiscos que iba dejando hacían su efecto positivo sobre mí. Jadeó al notar, como yo, que el primero de los orgasmos estaba acercándose.

Cuando cesé de temblar él detuvo sus caricias y volvió a besarme con esa pasión que le caracterizaba. Derrochadora y casi impaciente. Como si hubiera esperado demasiado tiempo para que sucediera aquello.

En cierta forma era así.

—Prepárate porque no sé cómo saldrá esto a partir de ahora... por las luces que nos rodean. Nunca me había pasado esto. —Rodeó mi cuerpo con sus brazos y me alzó por los aires.

Extendí la mano ante mí para intentar tocar aquellos puntos de luz que me recordaba a algunas luciérnagas que, en mi infancia, tuve la oportunidad

de ver. Una de ellas se aproximó y rozó mi piel. Al contrario de lo que pensaba no me quemó, sino que sucedió algo extraño en su lugar. Un recuerdo fugaz atravesó mi mente, pero no me reconocí en aquellas imágenes.

Era parte del pasado de Silvester.

Bajé la cabeza para mirarle justo en el momento en que me posaba sobre él. Me acomodé mejor sin dejar que mis ojos dejaran de establecer contacto con los suyos. ¿Debía decir lo que había pasado? No quería invadir su intimidad con algo tan delicado. Sin embargo, las luces se acercaban más a nosotros y todas parecían querer mostrarme algo, pues no hacían más que impactar sobre mi cuerpo, mientras que él parecía ajeno a eso. Solo se dedicó a amarme de la misma forma que yo lo hacía con él, pero con las luces proyectándose en mí. ¿Podía haber algo más mágico que eso? Nuestras miradas estaban conectadas, nuestros cuerpos unidos en un mismo punto y sus recuerdos más profundos en mi cabeza.

Cerré los ojos sintiendo que otro orgasmo, pronto, se apoderaría de todo mi cuerpo. Las luces parecían más potentes con cada una de las embestidas, así como más grandes, pero no cegadoras. Ni siquiera me lo parecieron cuando los abrí y pude contemplar la belleza que nos rodeaba y que formaba parte de nosotros.

Por primera vez desde que estaba en su hogar dormimos juntos.

Desperté pensando que lo ocurrido había sido parte de un sueño, pero al descubrirlo a mi lado supe que me equivocaba. Silvester me miraba con una sonrisa realmente cautivadora.

—Buenos días. —Aunque no sabía si era por la mañana o por la tarde.

Me importaba poco.

—¿Has dormido bien? —preguntó mientras acariciaba mi brazo.

—Ahora que lo dices... He tenido sueños muy extraños que tenían que ver contigo. ¿Sabes por qué?

Me refería a algunas situaciones de su pasado que habían invadido mi mente mientras dormía. Rara vez recordaba lo que soñaba, pero todo parecía tan real que aún lo tenía reciente. La situación de su familia, su desesperación ante la traición y la aparición de aquella extraña mujer, la

hechicera. Permanecía tan guapo y joven como por aquel entonces y eso me incitaba a pensar qué sucedería si la maldición se rompiera.

—No deberías pensar en cosas que te entristecerán, lo mejor es disfrutar del momento. Aquí y ahora.

—¿Cómo...? ¿Es cierto entonces que puedes leer mis pensamientos? — pregunté atónita.

Desvió la mirada antes de responder.

—No quería que dejaras de comportarte de manera natural si te lo contaba. A veces es molesto porque no es algo que elegí y, por consiguiente, tampoco elijo la mente que quiero explorar. Desde que soy quien soy no he dejado de escuchar los pensamientos de la gente. Algunos malintencionados, otros demasiado puros y la mayoría demasiado egoístas para mi gusto.

Me arrepentí al instante de haber tenido todos aquellos pensamientos en su momento. De inmediato caí en la cuenta de que fue capaz de ver parte de mi deseo. Estaba muy avergonzada.

—Muchas veces tuve que soportar ver en sus mentes sus anhelos prohibidos conmigo —continuó, no sin antes volver a centrar sus ojos en mí — y tuve que aguantar el tipo para que no notaran que algo iba mal. A ellas tampoco les conté nada sobre mi telepatía. Aunque igualmente hay cosas que no recuerdan cuando desaparezco de sus vidas, tenía que asegurar mi supervivencia. De todas formas, ninguna tuvo la ligera sospecha... Salvo tú. ¿Te das cuenta? Siempre tú.

—Quizá es porque soy muy observadora —respondí con una sonrisa.

—Tal vez, pero encuentro en ti algo que a todas ellas les faltaba: sinceridad e inocencia. En ningún momento has sido falsa con el único objetivo de conseguir tu deseo. Siempre me has dejado claro, de una forma u otra, lo que querías. Y ya no me cabe duda de que era verdadero.

Por primera vez noté que mis mejillas se ruborizaban.

Quédate conmigo

Permanecimos en silencio durante toda la comida. Cada vez éramos más conscientes de que las horas pasaban y, aunque lo hacían de un modo distinto al que yo estaba acostumbrada, tarde o temprano llegaría el momento. El amargo instante en que tuviéramos que despedirnos. Él también lo sabía y por eso apenas pronunciaba palabra, aunque no supiera la razón exacta por la que ni siquiera mencionaba mis pensamientos.

—¡Me niego a resignarme! —exclamó de repente.

Mi corazón comenzó a palpar mucho más rápido al oírle pronunciar aquellas palabras.

—Yo también me niego, pero no sé qué podemos hacer para evitarlo.

—Hay una forma. —Desvió la mirada y supe al instante a qué se refería.

No obstante, estaba segura de que ya lo había hecho sin necesidad de que me lo pidiera.

—Si es lo que estoy pensando, ya lo hice en su momento. Aunque me pregunto si un simple deseo de una mujer enamorada podría cambiar todo.

Silvester tomó mis manos entre las suyas y me miró profundamente.

—Cualquier deseo que pidas se podrá hacer realidad si lo haces de la forma correcta y con el corazón. Ven.

Sin dejar que sus manos se separaran de las mías, se levantó y yo le imité. Rodeé la mesa hasta llegar a donde estaba él y me condujo hacia un lugar que ya conocía. Su santuario. Abrió la puerta con algo de torpeza, pues sus manos temblaban por primera vez en tres días. Entramos y luego la cerró antes de conducirme directamente hacia el campo de nomeolvides.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? —preguntó de forma acelerada.

Asentí y sonreí al verlo así. Jamás hubiera imaginado que alguien como él pudiera ponerse nervioso por algo tan pequeño.

—Esto es muy importante para los dos, por eso estoy así. Quiero que todo salga bien y que por primera vez la soledad no sea lo que esté escrito para mí. —La responsabilidad que depositaba sobre mis hombros era demasiado grande—. Confío en ti.

Inspiré hondo mientras le observaba desde mi posición, en el centro de las nomeolvides. Cerré los ojos con fuerza concentrada en lo que deseaba. Mi corazón latió a una velocidad vertiginosa y creí que moriría en cualquier momento. Como la primera vez, noté cierto resplandor a mi alrededor, pero me mantuve en mi posición. Cuando todo pasó, abrí de nuevo los ojos pero no noté cambio alguno. Ni en mi interior ni lo que nos rodeaba, por eso salvé la distancia entre ambos y lo conduje hacia el centro del valle.

—¿Qué haces? —cuestionó sin apartar los ojos de los míos.

—Probar cosas nuevas. Déjame al menos que intente esto y, si no funciona, ya veremos lo que ocurrirá mañana, ¿vale? —Él asintió con una sonrisa—. Ambos tenemos que desearlo por igual, creo que de no ser así no funcionará...

Aunque en realidad no tuviera ni idea de cómo funcionaba la dichosa maldición.

Me tomó de la cintura y pegó nuestros cuerpos. Juntó mi frente con la suya y me miró a los ojos de esa forma. Su respiración entrecortada chocaba contra mi piel.

—Te amo, Noelia. Te amo más de lo que jamás imaginé.

No me dio tiempo a responder, pues posó sus labios sobre los míos en un beso que revolucionó todos mis sentidos. Enredó sus dedos en mi pelo y con la otra mano se encargó de acariciar mi cintura con suavidad. Me aferré a su cuello durante unos instantes antes de quitarle el sombrero y jugar con los mechones rebeldes de su cabello. No hacía falta que abriera los ojos para ver más allá, solo necesitaba aquello que estaba sucediendo.

Entonces noté que mis pies ya no tocaban el suelo y, mientras ambos seguíamos besándonos como si fuera la última vez, una voz empezó a hablar de forma pausada:

—Fuiste maldito, hombre sin corazón, condenado a vagar por toda la eternidad cumpliendo deseos efímeros y tratando con todo tipo de personas. Fuiste maldito para que encontraras la redención en una mujer que mereciese un amor como el tuyo, pues sería la primera y la única de una multitud. Silvester Brown, caballero que concede deseos, a partir de ahora tu labor no será en solitario, sino que recibirás la ayuda inestimable de aquella a la que tomes como compañera para la eternidad.

Silvester se aferró a mi cintura con ambas manos mientras volvíamos lentamente a nuestra posición inicial en el suelo. Cuando el beso finalizó, no pude evitar mostrar mi sorpresa.

—¿Eso significa lo que creo que significa?

Él solo me abrazó con fuerza, como si temiera que fuera a escapar de sus brazos o de su compañía.

—Dime que te quedarás conmigo, Noelia —pidió—. Dímelo y conviértete en mi compañera, en mi esposa y mi confidente.

Separó su cuerpo del mío lo suficiente para poder verme con atención. Pude ver en su mirada algo de tristeza y no sabía si me estaba equivocando al pensar en ello.

—¿Era esto lo único que se necesitaba para romper la maldición? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo último que quería era que te sintieras obligada a amarme —respondió, bajando la cabeza mientras tanto—. Desde que te vi aquella noche supe que eras especial, tu corazón se encargó de decírmelo, y no dudé ni un instante en traerte a mi hogar a la espera de que te recuperaras. Tenía miedo de que, a medida que fueras descubriendo más cosas mías, te fueras alejando de mí.

—Ya ves que no fue así —Coloqué mi mano en su barbilla y le animé a que levantara la mirada—. Es más, cuanto más sabía de ti, más interesada estaba en poder conocer todo lo que te rodeaba, tu pasado y los motivos por los que eres así. Ahora me pregunto por qué no te conocí antes...

—Porque sucedió cuando tenía que suceder. —Tomó mis manos entre las tuyas y las acercó a sus labios—. Ni antes ni después. Este ha sido el momento adecuado para que nuestros caminos se cruzaran. —Concluyó besando el dorso de una de ellas.

Mis ojos se clavaron en los suyos durante unos minutos en los que el silencio fue la principal protagonista. Silvester soltó mis manos para acariciar mis mejillas con suavidad.

—Siento haberte metido en esto, no era mi intención tener que darte a elegir entre tu antigua vida y una eternidad a mi lado.

—Seguramente ya sabes mi respuesta sin necesidad de que la exprese en voz alta, ¿verdad?

Él asintió.

—Pero quiero que me lo digas. Quiero oírlo de tus labios, no a través de tus pensamientos.

—Lo deseo. —Sonreí—. Deseo con toda mi alma poder ser tu compañera para la eternidad.

Pensé que me había vuelto loca, pero parecía como si las estrellas que adornaban su habitación se hubieran trasladado hacia donde nos encontrábamos. Nos rodearon y empezaron a brillar con una luz intensa que me obligó a cerrar los ojos porque, de lo contrario, estaba segura de que me quedaría ciega. Noté cómo sus brazos me rodeaban y su cuerpo se ajustaba al mío en un abrazo cálido que me transmitió muchas emociones contenidas. Mis manos rodearon el suyo y se aferraron a su espalda con fuerza. Apoyé la cabeza sobre su pecho y escuché los latidos acompasados de su corazón. *Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum.*

—Deseo concedido —dijo Silvester.

Y en ese momento todo se oscureció aún más para mí.

Primer final alternativo

No recordaba mucho más allá del terrible dolor de cabeza que estaba sintiendo. Abrí los ojos y parpadeé varias veces para acostumbrarme a la luz. Reconocía aquellas paredes y la suavidad de las sábanas. Hasta el olor que me envolvía lo tenía bastante metido en mis entrañas. Me incorporé sobre la cama y observé a mi alrededor intentando hacer memoria, pero parecía imposible.

Una sensación de vacío se instaló en mi pecho, perenne, sin intenciones de desaparecer en poco tiempo. No entendía el motivo de mis emociones trastocadas. Tampoco la razón por la que empezaron a derramarse lágrimas por mis mejillas. ¿Qué había sucedido para que mi alma reaccionara de esa forma? Acaricié con lentitud mi frente, frustrada por no saber lo que me pasaba.

Me acerqué al borde de la cama y apoyé los pies en el suelo. Me levanté aún con esa sensación amarga recorriendo cada poro de mi piel. Una sensación extraña me llenaba por completo y, quizá por ese motivo, sonreí. Avancé hacia la puerta cerrada de la habitación y posé la mano derecha sobre el pomo con indecisión. ¿Debía abrirla y descubrir lo que había tras ella, o prefería quedarme allí encerrada hasta que alguien llegara? Me decanté por la primera opción y salí a un pasillo lleno de puertas que desembocaba en una sala de la que solo se veía una mesa rectangular rodeada de sillas.

No se oía ningún ruido. ¿Estaba sola en casa? ¿Era mi casa? Todo estaba siendo demasiado raro para mí, hasta el punto de no saber si estaba soñando o si se trataba de mi triste realidad. Era como si el vacío que sentía en el pecho se apoderara de cada zona de la casa. Volví sobre mis pasos y probé a abrir varias de las puertas que había frente a mí. Hasta que el interior de una de ellas llamó especialmente mi atención. ¿Cómo podía haber un jardín de esas dimensiones en aquella casa? Me adentré en ella y la puerta se cerró sin necesidad de que yo misma tuviera que hacerlo. Avancé por un camino que se abría paso a través de varias plantas y de un césped que parecía brillar de lo verde que era. Estar allí me llenaba de una inmensa paz que no alcanzaba a entender. ¿Dónde estaba?

Me pareció ver a lo lejos un sombrero de vaquero que se movía a través de aquel maravilloso campo, y el corazón botó en mi pecho de alegría. Corrí en esa dirección para saber si eran o no imaginaciones mías, pero cuanto más me acercaba, más parecía que se alejaba.

—¡Silvester! —Me sorprendí gritando, pero nadie atendió a mi llamado.

¿Por qué había gritado ese nombre? ¿Quién era ese tal Silvester?

Seguí corriendo, pero la figura del sombrero había desaparecido. Sin embargo, no me rendí y seguí hacia delante, sin dejar de avanzar con extremada rapidez. Mis piernas no querían responder ante las órdenes de mi cerebro por más que lo intentara.

Hasta que me caí y desperté.

Mi cuerpo se había incorporado sobre la cama y el sudor perlaba mi frente. Había sido una pesadilla horrible, la misma que me atacaba cada noche desde que, de una forma u otra, se rompió la maldición. Miré a mi derecha y allí estaba él, dormido, como siempre cada vez que el mismo tropezón me despertaba bruscamente. Volví a tumbarme sobre la cama para observarle hasta que despertara. Ese día no tardó mucho en hacerlo.

—Hola, Noelia.

Ya no era ningún misterio la sensación que sentía cada vez que pronunciaba mi nombre.

—Buenos días.

—¿Otra vez la pesadilla...? —preguntó preocupado.

—Sí, pero no te preocupes...

—Quizá no debí incitarte a esto...

—No digas tonterías, cariño —dije, restándole importancia al asunto—, no hubiera podido seguir sabiendo que tú no estarías en mi vida y que, por si fuera poco, lo seguirías pasando mal por tu maldición. No es plato de buen gusto para nadie sentirse solo durante un tiempo, menos durante toda la eternidad. Ahora al menos me tienes a tu lado.

Silvester me rodeó con su brazo izquierdo y acercó su cuerpo para besarme en la frente.

—Todo este tiempo ha valido la pena porque al final has llegado hasta mí.

Levanté la mirada hacia él y sonreí antes de hablar de nuevo.

—Dale las gracias a mi abuela, que ha sido quien durante años ha estado alimentando mis fantasías sobre ti... Aunque últimamente ya no creía

mucho en lo que me contaba.

—Eso es algo que te quería preguntar desde hace tiempo, pero nunca encontraba el momento... ¿Por casualidad tu abuela se llama Teresa? —
Asentí— Desde que te vi sobre mi cama y te observé mejor me di cuenta del gran parecido que tienes con ella. ¿Recuerdas lo que te dije sobre las luces? Contigo he comprobado que es debido a la melodía que compuse hace tiempo, incluso antes de conocer a Teresa. Solo se la toqué a ella y luego a ti, por lo que es normal que antes no me sucediera con otras personas... Aunque nunca llegué a tener nada con tu abuela, por si te lo llegas a preguntar.

Si no lo hubiera aclarado, tal vez hubiera pensado que también había tenido algo con mi abuela. No sabía qué sucedió en realidad porque siempre se había preocupado de contarme todos los detalles respecto a su estancia con él, pero no cuál había sido su deseo, por ejemplo.

—Por desgracia no puedo contarte cuál fue su deseo —De nuevo, Silvester me dio a entender que podía leer mis pensamientos, aunque no estaba segura de que siguiera teniendo ese poder—, pero sí te diré que gracias a que su deseo se cumplió estás aquí y ahora conmigo.

—Entonces me alegro mucho de que obtuviera lo que tanto deseaba —
Sonreí.

—Nunca dejaré de agradecerle que hiciera lo posible por ponerte en mi camino. De una u otra forma, ella ha sido quien ha propiciado este encuentro que durará toda la eternidad. Porque, aunque se haya roto la maldición, estar a tu lado es una bendición. Para mí es como estar vivo durante mucho más tiempo...

—Yo tengo la misma sensación, ¿lo sabías?

Sonreímos, nos besamos y volvimos a amarnos como todas las mañanas y todas las noches.

Segundo final alternativo

Desperté con una sensación extraña, como si durante mis sueños de aquella noche hubiera hecho deporte, como mínimo. El sudor perlaba mi frente, así como otras zonas de mi cuerpo, y como poco me sentía algo cansada. Durante unos minutos, o quizá horas, permanecí tumbada con la mirada en el techo. Un gran vacío me invadía por completo impidiéndome respirar con normalidad. Y la sensación de pérdida se acrecentaba conforme los minutos pasaban, aunque no hiciera nada por remediarlo ni recordara el motivo.

Finalmente, me levanté.

Salí de mi habitación con esa sensación aún en la boca de mi estómago y, tras preparar mi desayuno, el timbre sonó. Me acerqué a la puerta y miré antes de abrir. Encontré al otro lado a un hombre que miraba hacia el suelo. Abrí después de unos segundos y la mirada del hombre se alzó despacio. Cuando me miró a los ojos, los suyos demostraron una sorpresa inesperada. Me miré y, alarmada, descubrí que no me había quitado aún el camisón con el que dormía.

—¿Qué desea? —pregunté.

Observé cómo tragaba saliva antes de volver a dirigir sus ojos, de un verde que era muy difícil olvidar, hacia los míos.

—Soy el nuevo vecino de esta planta y venía a presentarme. Me llamo Sebastian Bellucci y acabo de llegar en busca de una vida tranquila que me permita escribir sin problemas. ¿He hecho bien o estoy en un barrio demasiado ruidoso para lo que busco?

Fruncí el ceño mientras le miraba. Algo en él me resultaba familiar, pero no sabría decir qué.

—Es el mejor barrio al que has podido venir, créeme. Y la mejor ciudad también, la capital no te habría permitido inspirarte como deberías... ¿Eres escritor, entonces? —Sonreí, cruzándome de brazos. En caso de que lo fuera, tendría la oportunidad de pedirle algunos ejemplares para vender en mi librería.

—Si, ya publiqué algunos libros, pero no los encontrarás con mi nombre verdadero... Escribo bajo el seudónimo de Silvester Brown, ¿quieres que te

traiga alguno de mis títulos a ver si te llama alguno la atención? —Se acercó un poco más hacia mí y volvió a hablar con tono confidente—. En ese caso, podría regalarte alguno dedicado y firmado.

Me guiñó un ojo y yo solo sonreí. Aunque, ese nombre... Silvester Brown...

—Espérame aquí que te los traigo.

Se marchó y yo fui a buscar una bata. El frío empezaba a enfriarme y prefería mantener el calor con el que había despertado en mi cuerpo. Volví y me apoyé sobre el marco de la puerta a la espera de que Sebastian volviera. Me crucé de brazos en cuanto lo vi aparecer con cuatro libros en sus brazos.

—Mira, la mayoría son de fantasía, no sé si te gusten... —comentó.

—¡Claro! De hecho, tengo algunos en mi estantería y vendo bastantes en la librería. Me encantaría poder tener alguno de los tuyos allí... —Tomé los libros y fui mirando las cubiertas una a una en busca de un título que llamara mi atención. Entonces vi uno que llamó mi atención, más por esos ojos verdes que por cualquier otra cosa. Juraría que los había visto en alguna parte, y no porque momentos antes los hubiera encontrado también en mi nuevo vecino. El caballero de los ojos verdes se titulaba—. Pasa un momento.

Cerré la puerta cuando entró y me acerqué, con los libros aún en la mano, a la enorme estantería que tenía en el salón. No me hizo falta buscar mucho para encontrar lo que buscaba: el mismo ejemplar de El caballero de los ojos verdes, con la misma portada y todo. Solté los suyos sobre la mesa y saqué el mío para mostrárselo.

—¡Vaya! Jamás me lo habría imaginado... —dijo Sebastian con una sonrisa—. ¿Lo has leído ya?

Lo abrí por una página al azar que contenía algunas notas sobre las impresiones que había causado en mí. Eso sí, escritas en pequeños papeles que se encontraban desperdigados a través de las páginas. También había anotado algunas citas que me habían encantado. Tomé algunas y empecé a leerlas para mí misma. Me sentí un poco mareada al recordar de pronto muchas cosas que, en apariencia, no tenían ninguna conexión, pero que atacaron mi corazón como si el frío metal de un cuchillo lo estuviera atravesando lentamente.

La imagen de unos ojos verdes, como aquellos que había en la portada del libro, me perseguía. Era la más recurrente de todas las que veía en mi

mente. Empecé a sentirme mareada y la cabeza parecía que estaba a punto de estallarme.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó, o al menos eso entendí.

—S-sí... O no... No me encuentro muy bien, la verdad. Pero te aseguro que me encantó el libro, lo he leído muchas veces, la última vez fue anoche. Ya que estás aquí, ¿te importaría dedicármelo?

—Estaré encantado, pero solo si me aseguras que estás bien. —Asentí—. Estupendo, déjame el libro y un bolígrafo.

Me guiñó un ojo. Busqué en la lata que usaba para guardar los bolígrafos y plumas en la estantería y cogí el que nunca me fallaba. Se lo ofrecí y él lo tomó. Se apresuró a abrir el libro por la primera página y empezó a escribir algo que sabía que leería después. Cuando terminó, lo cerró y lo dejó sobre la mesa junto al bolígrafo.

—Muchas gracias —agradecí con una sonrisa.

—No tienes por qué. Ahora, si me disculpas, tengo que volver a mi casa para arreglar algunas cosas. Puedes quedarte con los libros que no tengas si quieres. Después me acercaré para que no tengas que tomar ahora una decisión.

Lo vi acercarse a la puerta y yo hice lo mismo, no solo para despedirme, sino para abrirla. Salió y me asomé para verle hasta que cerrara la suya. Cuando eso sucedió, volví a entrar en casa y cerré. Cogí el libro y lo abrí por la primera página para leer la dedicatoria.

«Querida Noelia, aunque me hayas olvidado, o creas haberlo hecho, quiero que sepas una cosa: yo jamás podré hacerlo. Siempre estarás en mi corazón... Tuyo siempre, Silvester Brown.»

Cogí el bolígrafo y sentí una especie de descarga eléctrica que provocó que lo soltara rápidamente. Una serie de imágenes conectadas entre sí volvieron a mi cabeza, donde los ojos verdes predominaban, así como un beso que me había parecido muy real.

¿Lo habría sido?

Relato especial: El origen del caballero

En un pueblo de Gran Bretaña vivía una familia que sobresalía del resto. La familia Brown. El patriarca, Cedric Brown, era un hombre amable y generoso que disfrutaba ayudando a todos sus vecinos. Su familia le adoraba por ser como era, así como todos los que trabajaban para él. Era amado por la gran mayoría de habitantes del pueblo, salvo los que haciendo uso de la buena fe de Cedric se aprovechaban de él.

Y por mucho que Silvester quiso advertir a su padre, él no le escuchó.

—Pero padre...

—Hijo, ¿cómo crees que van a ser capaces de hacer algo así después de lo que hemos hecho por ellos?

—¡Eres demasiado confiado! —exclamó enfadado antes de irse.

Con los puños cerrados y la furia en su cuerpo, anduvo con rapidez hacia el exterior de la casa. Cada vez que encontraba en el camino a uno de esos aprovechados intentaba no mirar en su dirección para no reaccionar de malas maneras. Se retiró al bosque para pensar en qué hacer para que su padre abriera los ojos. Era difícil teniendo en cuenta que era demasiado confiado y, a no ser que encontrara algo esclarecedor, no accedería a creerle con tanta facilidad como a Silvester le gustaría.

Durante días vagó por el bosque sin sustento ni agua. Al alejarse del pueblo no había pensado en la posibilidad de llevar consigo algo de bebida o comida con la que sobrevivir. ¡Tampoco pensaba estar mucho tiempo fuera de su hogar! Pero debía reconocer que se había perdido. Era la primera vez que se adentraba en aquel bosque que, por otro lado, decían que estaba embrujado. «¡Menuda tontería!», pensó al recordarlo. Divisó un árbol cuyas raíces sobresalían del suelo y decidió descansar allí durante unos minutos, pero al cerrar los ojos se quedó dormido durante horas.

Al despertar no reconoció lo que tenía a su alrededor. Estaba tumbado sobre algo blando que reconoció como un lecho, a su alrededor el ambiente olía a flores silvestres y todo lo que le rodeaba era extraño a sus ojos. Una estantería de madera llena de utensilios varios, taburetes distribuidos por toda la estancia y una mesa enorme a su izquierda. Se incorporó para poder observar todo mejor y se percató de que no estaba solo. Había una mujer de

largos cabellos del mismo color de la sangre, rizados, que caían en cascada sobre su espalda. Vestía con una tela que cubría gran parte de su cuerpo, dejando libres sus brazos. Estos se movían a ambos lados, removiéndose tal vez algún tipo de sustancia que Silvester no alcanzaba a ver.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Pero ella no respondió al instante.

Silvester movió su cuerpo y apoyó los pies en el suelo.

—Podrías desfallecer si haces esfuerzos innecesarios.

Se quedó quieto en la cama esperando a que la mujer añadiera algo más, pero siguió a lo suyo, removiéndose sin prisas, sin pausas. Hasta que por fin volvió a hablar.

—Estás en mi casa y tú te has perdido en el bosque. Te estuve observando durante días y decidí traerte aquí pensando que estabas muerto, pero solo estabas inconsciente. Tuve que restregarte el pecho con unas hierbas para que recobraras el sentido.

—¿Tanto tiempo he estado dormido? —Silvester no lo podía creer.

—Sí.

La mujer bajó las manos a sus costados y giró para quedar frente al hombre al que había rescatado de una muerte segura. Sus rasgos parecían finos y de gran belleza, los rizos caían sobre ambos lados de su cara y los ojos, de un color azul intenso, no dejaban de mirarle. Se fijó a continuación en sus protuberantes pechos, que estaban ocultos tras la tela blanca que no dejaba ver nada más allá de lo esencial, como los brazos y parte de las piernas. Cuando volvió a mirarle a la cara, ella esbozaba una sonrisa.

—Mi nombre es Clarisse, hechicera del bosque y protectora de aquellos que, como tú, viven cerca de esta tierra virgen. No sabes lo que acecha en las sombras hasta que lo tienes ante tus ojos...

Silvester no podía creer lo que sus oídos habían escuchado. ¿Una hechicera? Eso no podía ser posible.

—Mientes, mujer. Tanto las hechiceras, como la magia, no existen y nunca existirán —replicó él.

—¿Estás seguro, Silvester Brown? —La hechicera bajó la cabeza volviendo a esbozar una sonrisa, pero en esa ocasión, una un poco más malévola. La oscuridad se apoderó de su rostro y de gran parte del lugar, pero eso no asustó a su invitado—. ¿Quieres probar la honestidad de mis palabras?

Todo quedó en silencio mientras él meditaba qué respuesta ofrecerle. Si decía que sí, tal vez se enfrentara a su ira, pero si decía que no, sabía que quedaría como un cobarde. Colocó los pies desnudos sobre el suelo e irguió su cuerpo para enfrentar a su anfitriona estando a su nivel. Cara a cara. Lo que había a su alrededor empezó a dar vueltas y su cuerpo cayó sobre la pequeña cama, quedando inconsciente de nuevo.

Cuando volvió a despertar estaba solo en la cabaña. Levantó la cabeza y al notarse mareado decidió quedarse tumbado y a la espera. La mujer apareció en poco tiempo por la puerta y, desde su posición, dirigió a la bruja una mirada desafiante. Clarisse no le prestó atención y se puso a ojear el libro de hechizos que había pasado de generación en generación por todas las mujeres de su familia. Después se dirigió al caldero y removió unas cuantas hierbas que había estado recogiendo cerca de su cabaña. Cuando terminó, se acercó a Silvester con un cuenco y se lo dio para que bebiera. En un principio se resistió a hacerlo, pero Clarisse no estaba dispuesta a esperar a que se decidiera. Incluyó la cabeza del hombre hacia delante y empujó el cuenco hacia su boca, provocando que gran parte del brebaje se deslizara por las comisuras de sus labios.

—Pronto te recuperarás si no escupes lo que te acabas de tomar —dijo. Después retiró el cuenco de sus labios y volvió a dirigirse a la zona donde creaba sus pócimas.

Silvester tragó y dejó caer la cabeza hasta su posición inicial.

Pasaron unos días y Silvester logró recuperarse completamente. Durante ese tiempo conoció a Elizabeth, una atractiva joven con encanto que aparentaba tener poco más de veinte años. Entre ellos nació una amistad que Clarisse no pudo vaticinar ni impedir por mucho que advirtiera a su hija que no se relacionara con él.

No hubiera podido esconderla durante tanto tiempo de habérselo propuesto.

—¿Crees que Clarisse será dichosa con nuestra relación? —preguntó Silvester a Elizabeth mientras no dejaba de mirar hacia la ventana por la que Clarisse los observaba.

—Tendrá que respetarlo, de no ser así —respondió ella con una sonrisa.

Al principio se sintió incómodo ante la presencia de la joven, pues pensaba que sería como su madre, pero descubrió lo equivocado que estaba cuando hablaron por primera vez sobre una cosa que compartían: su pasión por las plantas. A partir de ese momento apenas se separaron.

—Y si no lo hace... —dijo Elizabeth—. Escapemos juntos, Silvester. Vayamos a otro lugar en el que podamos ser felices los dos.

Silvester colocó su dedo índice sobre los labios de la joven. Le dedicó una mirada intensa y sincera que acompañó a sus palabras:

—Permaneceremos aquí a no ser que tu madre así lo requiera... No creo que intente separarnos.

—Pero tú no la conoces, es más malvada de lo que parece ser. —Su voz sonaba preocupada.

—Yo te protegeré si intenta hacerte daño. Tranquila. —La abrazó tan fuerte que ni él mismo se lo creyó.

¿Había cambiado tanto gracias a Elizabeth? ¿Se sentiría con fuerzas para volver al pueblo y enfrentar a quienes se aprovechaban de su padre? ¿Qué diría él ante su desaparición repentina? ¿Creerían que estaba muerto?

Se separó del cuerpo de la joven con brusquedad y, presa de sus recuerdos, se alejó de ella para no hierla. Lo último que quería era que sufriera por algo que solo le afectaba a él.

Unos días más tarde, cuando el sol ya estaba ocultándose, Silvester quedó en verse a solas con Elizabeth lejos de la cabaña donde vivía con su madre. Cuando ambos se vieron no pudieron reprimir los impulsos de un sentimiento que había logrado nacer entre ellos conforme se fueron conociendo más. Un sentimiento que ni la mismísima hechicera podría lograr extinguir, pues era lo más puro que ambos habían podido sentir nunca. Se abrazaron y, al separarse, sus rostros no pudieron permanecer mucho tiempo alejados, uniendo sus labios en un beso que los colmó a ambos de felicidad.

Clarisse los observó escondida entre los árboles. No había estado de acuerdo con esa relación desde el principio, pero ahora que estaba al fin segura de los sentimientos de ambos, mucho menos. Cerró los puños segura de que, si las cosas marchaban como había planeado, esa noche terminaría

con todo. Hacía mucho que sus planes ya estaban trazados y gracias a la aparición de Silvester, podría ponerlos en práctica antes de lo previsto.

—Estoy lista para ser tu esposa, Silvester. No hay nada en este mundo que desee más que poder hacerte feliz y que tú me hagas feliz a mí.

La voz de Elizabeth sonaba segura y convincente sobre el pecho masculino.

—Yo también quiero hacerte feliz, querida, pero no me gustaría desatar la ira de Clarisse. —Silvester sonrió.

—Pues escapémonos —dijo levantando la cabeza para mirarle a los ojos—. Vayámonos de este lugar sombrío para empezar de cero en otro lugar.

—No es tan fácil como crees. Tendríamos que llevar provisiones, atravesar el bosque y una vez fuera de aquí, encontrar un lugar donde poder hospedarnos mientras consigo encontrar algo a lo que dedicarme. Y no tenemos dinero, lo que dificulta mucho más las cosas.

Toda la ilusión de la chica se desvaneció por completo con la realidad que le había mostrado él. Pensó también que, si luego regresaba, su madre la repudiaría por haberse marchado de su lado. Tal vez Silvester tuviera razón.

—Descansa, ya es tarde para que una señorita esté despierta. ¿Pasará algo si dormimos esta noche bajo la luz de las estrellas?

—De ser así me enfrentaré a la ira de mi madre —respondió Elizabeth.

Colocó la cabeza sobre el pecho de Silvester de nuevo y cerró los ojos intentando conciliar el sueño. A él le costó un poco más, no dejaba de pensar en ella, en su fragilidad y fortaleza. Conocía lo suficiente a su madre para saber cómo actuar ante ella en todo momento.

Llegó a la conclusión de que la admiraba.

Poco tiempo después logró quedar en brazos de Morfeo y Clarisse aprovechó para llevar a cabo sus planes. Se acercó un poco más para que la distancia fuera mínima, ya que de otra forma corría el riesgo de que no surtiera el efecto deseado. Aunque la muerte siempre sería muerte, dependía mucho de la distancia para que llegara al objetivo correcto. Susurró las palabras mágicas y alzó las manos al cielo justo antes de apuntar al corazón de Elizabeth. Un rayo cruzó el cielo en el mismo momento en el que ella exhaló su último aliento. Después se acercó un poco más a Silvester e indujo en su mente los recuerdos de algo que no sucedió realmente, pero que le inculparían de por vida. Luego apuñaló ella misma a su hija con un cuchillo que había llevado escondido bajo su túnica y esparció la sangre por

los lugares estratégicos que aparecerían en los recuerdos de Silvester. También rasgó el vestido de Elizabeth de para que pareciera que se había intentado aprovechar de ella. Cuando terminó su trabajo, se marchó en dirección a su cabaña a la espera de que llegara el amanecer.

Cuando Silvester despertó, halló una escena desoladora. Sus manos estaban cubiertas de sangre, al igual que su camisa, y Elizabeth yacía sin vida a su lado. Al comprobar que estaba muerta, gritó de desesperación al cielo. Entonces todos los recuerdos asaltaron su mente. Su plan maquiavélico para deshacerse de ella en venganza por lo que sufría, sin conocimiento, su padre y la consecuente ejecución de sus actos. ¿Cómo había podido hacer eso a la única mujer que había sido capaz de amar? ¿Realmente había tenido esos sentimientos por ella o se lo había hecho creer para llevar a cabo su venganza? Ya no estaba seguro de nada.

Clarisse apareció en el lugar y, al ver el estado en el que se encontraba Elizabeth, montó en cólera y se dirigió a Silvester con la mano en alto.

—¡Tú! ¿Qué le has hecho a mi hija? —gritó desconsolada.

Él no supo qué responder.

—¡La has matado! —Continuó Clarisse en vista de que él no pronunciaba palabra.

—Yo... No sé lo que ha pasado... ¡Yo la amaba!

—Sabía que no eras bueno para ella... ¡Nadie lo ha sido nunca! No debí permitir que te acercaras a ella ni que ella se acercara a ti.

Silvester la observó desde abajo, aún abrazado al cuerpo de su amada.

—¡Yo te maldigo, Silvester! A partir de ahora no encontrarás consuelo en la muerte, vagarás por el mundo con el único propósito de otorgar deseos fugaces a todo aquel que los necesite. Buscarás un consuelo que no hallarás nunca. ¡Así lo ordeno y así ha de ser!

Tras lanzar la maldición, Clarisse se marchó seguida del cuerpo de su hija, que mantenía suspendido en el aire y se movía conforme a la voluntad de la hechicera. Silvester quedó a solas, con los ojos vidriosos y desconsolado. Había perdido a Clarisse y la oportunidad de resarcirse por ello. Sin embargo, una luz apareció en el cielo y unas voces ancestrales se dirigieron al hombre:

—Silvester Brown, hombre sin aparente corazón, fuiste maldito por Clarisse, pero tienes una esperanza: el amor. Si encuentras a la mujer que te ame no por ser quien eres, sino por ser como eres, hallarás la paz. Para ello podrás permanecer solo tres días con la persona que, en el momento,

necesite de los deseos que puedes conceder. A partir de ahora serás conocido por todos como el hombre que concede deseos y quien te conociera, ya no lo hará porque serás un hombre distinto a sus ojos. El cielo así lo ordena y así va a ser.

La luz desapareció una vez que aquellas voces que se superponían dejaron de hablar. Silvester apenas fue consciente de todo lo que había sucedido, pues estaba inmerso en el dolor que sentía por la pérdida de Elizabeth. Se apoyó en el tronco del árbol que tenía tras él y cerró los ojos a la espera de que el tiempo pasara lo más rápido posible. Sin embargo, el tiempo ya no volvió a ser el mismo para Silvester.

Relato especial: Los deseos de Silvester

No es fácil ser inmortal cuando permaneces en soledad. Si las horas de por sí suelen transcurrir lentas, sin nadie que me acompañe es aún peor. Todo lo que puedo hacer se limita a comer, beber, tocar la guitarra y meditar en mi santuario a la espera de que alguien me necesite de verdad. Porque sí, han existido casos en los que mi intuición me ha jugado malas pasadas, poniéndome frente a personas egoístas que fingían bastante bien.

Hasta que cambié el chip.

Comencé a meditar más y, en parte, me ayudó a desechar las falsas alarmas que llegaban, consiguiendo que solo las realmente importantes pudieran atravesar la enorme barrera que mi interior había impuesto. No todas las personas merecían mi compañía y atenciones, aunque solo estuviera con ellas tres días. Pero lo peor no es eso, sino los pensamientos que rondan sus cabezas cuando están conmigo. Generalmente son mujeres todas las que salvo, pero por pocas veces que ocurriera con hombres, la fascinación es irremediable. Algunas tienen pensamientos inocentes, pero la mayoría sueña con estar conmigo en la cama. ¡Lo que tengo que aguantar!

Sin embargo, recuerdo a algunas de esas personas con mucho cariño. Sobre todo a una en especial, Teresa, una encantadora mujer que amenizó mis horas con esas largas conversaciones que manteníamos, tan profundas y sustanciales que me sorprendió. Por eso la llevo en mi corazón, porque no ha pasado desapercibida por mi existencia.

Lo recuerdo como si fuera ayer...

—Silvester, ¿puedo ayudarte...?

—Ya te he dicho que no es necesario. Estos días son para que estés lo más cómoda posible mientras se restablece el orden del universo. Mis apariciones tienen su consecuencia, así como los deseos que concedo... Hablando de eso, ¿has pensado ya en lo que vas a pedirme?

Teresa guardó silencio durante unos segundos. La decisión era difícil, pero le quedaba poco tiempo para pensarlo.

—Tengo las ideas un poco más claras que hace unas horas, aunque prefiero esperar un poco más. Puedo, ¿verdad? —Sonrió.

—Por supuesto —respondí.

Seguí recogiendo los platos de la mesa y los fregué. En mi cabeza aparecían los pensamientos de ella. Realmente no hacía falta que me dijera cuál era su deseo antes de que se lo hiciera realidad, pero cuando llegara el momento sería ella quien tuviera que mostrármelo a través de su corazón.

—Me gustaría poder tocar una melodía para que la uses de fondo para tus pensamientos... Tienes la mente muy agitada —propuse.

—Estaré encantada de oírte. —Distinguí en sus ojos una chispa de emoción mientras juntaba sus manos.

La conduje hasta mi habitación, que era donde solía dejar que descansaran, y la invité a que se sentara sobre la cama. Saqué la guitarra de su funda y me senté en la silla que siempre había junto al lecho. Empecé a tocar el instrumento, en mi mente las notas fluían solas, haciendo más fácil el movimiento de mis dedos sobre el instrumento. La melodía traía a mi mente épocas pasadas, ya que la había compuesto pensando en mi vida antes de la maldición. Imágenes de mi familia y amistades... Pero también evocaba situaciones más recientes, aquellas que merecía la pena mencionar. La maldición no había sido tan mala para mí, a fin de cuentas.

Cuando alcé la vista un poco para centrar mi mirada en Teresa, encontré un espectáculo de luces que no había visto antes. Danzaban alrededor de su cuerpo y sus ojos se movían inquietos junto a ellas. Quedé maravillado ante tal belleza y, con una sonrisa, concluí la melodía con los últimos acordes.

Teresa era la primera persona que la escuchaba, para mí era tan íntimo que sabía que pocas personas tendrían esa oportunidad. Pero Teresa era una mujer a la que en poco tiempo había llegado a admirar por sus ideales. Cambió mi forma de ver el mundo y a quienes lo habitaban.

—Es la hora, Teresa. ¿Estás preparada?

Aunque quien más nervioso estaba era yo. No quería separarme de ella, no en ese momento en el que quedaban muchas cosas por hablar.

—Sí, ya sé con seguridad lo que pediré —respondió con una sonrisa.

Se acercó al borde de la cama y se levantó, esperando a que yo hiciera lo mismo.

—Estoy seguro de que lo sabes desde hace tiempo —afirmé.

Dejé la guitarra en su sitio y la guie hacia mi santuario. El campo de nomeolvides estaba preparado para recibirla, al igual que todo mi ser estaba

dispuesto para concederle aquello que más deseaba.

El milagro de la vida.

—Colócate en el centro, pero con cuidado de no herirlas. Recuerda que no hará falta que lo digas en voz alta, solo con desearlo con el corazón bastará para que se cumpla.

Teresa asintió y se colocó en medio de las flores con cuidado de no pisarlas. La delicadeza con la que caminaba me embelesó por un momento, hasta que recordé que tenía una vida que vivir junto a su prometido, con el que se casaría pronto. Lo único que le faltaba era poder concebir, ya que por desgracia no nació con esa suerte. Pero todo cambiaría a partir de ese momento mágico en el que la luz nos cegara y ella volviera a su hogar, donde no recordaría nada de lo vivido conmigo en esos días... ni a mí.

O quizá, por una vez, las cosas cambiaran.

Termino de escribir las últimas palabras con una sensación de desasosiego profunda. De aquello hacía ya años, no sabía cuántos, pero sigue doliendo como el primer día. Cierro el cuaderno en el que cuento todas mis experiencias con la gente a la que ayudo y me encamino al santuario con paso decidido. Es el momento de volver al trabajo. Admiro el paisaje, como siempre, de camino al lugar donde suelo meditar. Un lugar inmenso que me llena de paz y me ayuda a concentrarme. Al encontrar la alfombra donde la dejé la última vez, me siento sobre ella y cruzo las piernas para colocar los brazos sobre ellas. Durante unos minutos no me llega nada, y media hora después estoy tentado a levantarme e irme, de no ser porque algo sobrecoge mi corazón de forma inesperada. Con rapidez, me levanto del suelo y voy en busca de mi guitarra antes de transportarme al lugar indicado.

Lo que encuentro me entristece, pero tengo que mantener la calma para poder hacer bien mi trabajo.

—Detente si no quieres sufrir mi ira. —Mi voz suena fuerte y segura en la oscuridad.

El hombre que sujeta a la joven se gira para encararme, quedando ella detrás de su cuerpo.

—¿Y a quién se supone que debo temer?

Su valentía me sorprende por un instante, pero luego recuerdo que era el disfraz de alguien cobarde que aprovecha la oscuridad para asustar a

mujeres. Al ver que no se aparta de ella, me veo en la obligación de volver a hablar.

—No lo repetiré, ¡déjala en paz!

Observo que la actitud despreocupada del desconocido se convierte en una ofensiva, dispuesto a atacarme si así lo requiere la ocasión. Me alegra ver que la chica aprovecha para escapar, chasqueo los dedos y su cuerpo cae sobre la acera. Miro en dirección al hombre y chasqueo de nuevo los dedos provocando que olvide todas las intenciones malas que tenía en mente. Me acerco a ella con rapidez y desaparecemos del lugar antes de que él nos vea. No está en mi naturaleza pelear con nadie, solo salvar a las personas que así lo necesitan. Al llegar a mi hogar, la recuesto sobre la cama y preparo todo para su estancia conmigo. Cuando vuelvo a la habitación, la observo prestando atención a todos sus rasgos. Es hermosa y algo en ella me trae a la memoria alguien del pasado...

Aquella chica me recuerda a Teresa.

Agradecimientos

Llegados a este punto, y tal como me ocurrió al publicar mi primer libro, sé que esta tarea es mucho más difícil que el hecho de escribir la historia de Silvester y Noelia. En esta ocasión, y aunque son pocas personas a las que tengo que agradecer, intentaré hacerlo lo mejor posible.

En primer lugar, me encantaría agradecer a la persona que ha hecho posible la creación del protagonista masculino, la misma que también apareció en los agradecimientos de Ritual. Pase lo que pase, Miguel siempre será quien me inspiró a la hora de crear a Silvester, un hombre atormentado por su pasado, pero que aprendió a vivir con ello y a usar su maldición para hacer el bien. Venciendo las diversas tentaciones que se cruzaban en su camino.

En segundo lugar, quisiera agradecer a todos aquellos lectores de Wattpad que estuvieron al pendiente de ellos durante los meses de mayo, junio y julio de 2016; y que me han apoyado día tras día. Gracias a ellos he podido continuar y darle un toque distinto a lo que yo misma estoy acostumbrada a escribir. ¡Me alegra que os gustase el final inesperado hasta para mí! Tampoco puedo olvidarme de mis Lectoras VIP, que me ayudaron mucho con la edición de la novela.

También, como no podía ser menos, agradezco a mi familia por el apoyo incondicional tanto en persona como a través de las redes sociales. Esta obra se ha convertido en una de mis favoritas (por el momento la primera de ellas) y para mí es un placer poder publicarla para que otras personas puedan descubrirla y darle una oportunidad también.

Por último, quiero agradecerte a ti que le hayas dado una oportunidad a esta pequeña historia paranormal, romántica y mágica. Si esta historia te ha enamorado, sé que puedo darme por satisfecha y, por supuesto, me anima a publicar otras obras en un futuro que, espero, sea cercano.

Pronto nos volveremos a encontrar, de eso estoy segura.

Biografía

Rocío Crespo ([R. Crespo](#)) nació en Sevilla en el año 1992. Es técnica superior en Desarrollo de aplicaciones web y está estudiando Ingeniería Informática en la Universidad de Sevilla. Desde pequeña le gustó escribir, aunque durante años ha compartido su pasión por ella con los ordenadores.

Empezó a escribir con trece años, pero desde que tiene uso de razón siempre ha imaginado otros mundos y nuevas historias. Cuando comenzó con la escritura quiso aventurarse con el terror, pero nunca le ha gustado ni interesado leer nada relacionado, mucho menos introducirse tanto en una trama de esas características. En 2008, con dieciséis años, ganó un concurso con su relato Mi amargo San Valentín en la categoría de prosa de su instituto. Ese mismo año empezó a administrar un blog en el que compartía escritos por capítulos, pero lo dejó por falta de tiempo. Sus géneros prioritarios son la romántica, la fantasía y el misterio (que suele incluir en los dos anteriores, si es posible); y escribe tanto novela, como relatos cortos y verso libre. En 2016 publicó [Ritual \(Saga Tentaciones 1\)](#) a través de Amazon y después le siguieron otros títulos como [El caballero de los deseos fugaces](#) (en papel) y [Relatos de amor y erotismo](#).